



En la Calle Recta

Maria, la madre del Señor,
según la Palabra de Dios



Fco. Rodríguez P.

Edita

Fundación

En la Calle Recta
Prins Hendrikweg 4
6721 AD BENNEKOM
HOLANDA

Tel: +31(0)318 - 43 12 98
Fax: +31(0)318 - 43 13 95
E-mail: secr@irs.nu

Website:

www.enlallerecta.es

Evangelista

A.W. van Bragt

Junta de dirección

C. Westerink (presidente)
A.H. Cornelisse (secretario)
J.P. Hollebrandse (tesorero)
G.V. den Hartog
J.G. van Hoof
J.D. Liefthing
G.G.L. Visser
H. de Vries
C. van de Worp

Redacción ECR

Director
J.D. van Roest
e-mail:
j.vanroest@chello.nl

Redactor jefe

Fco. Rodríguez
e-mail:
fco.rodriguezperez
@telefonica.net

ISBN 9789073444041

**Esta revista
no se ponga a
la venta porque
es gratuita**

Índice

No hagamos mentirosa a la virgen María	7
Confusión virginal	11
Virgen y con hijos	13
La virginidad profetizada	16
El rosario está en la Biblia	19
María es el Evangelio vivo	24
Fiesta de la dormición	27
Jesús es el centro de mi vida, no María	29
Una rosa de oro para la "Reina de la paz"	35
El papa no tuvo misericordia	45

Editorial

En este folleto vamos a presentarle la virgen María siguiendo el testimonio de aquellos que convivieron con ella. Su propio hijo Jesús, su prima Elisabet, el apóstol Juan, y sobre todo lo que nos narra el evangelista Lucas, dicho por el ángel Gabriel y por la misma virgen María.

En ningún caso queremos añadir ni quitar nada de estos testimonios, ni mucho menos dejar que otros nos confundan con sus propias fantasías religiosas.

Si queremos ser respetuosos con María debemos cumplir su gran deseo. "Entonces María dijo: He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lucas 1:38). Esto nos muestra que ella acepta como una sierva lo que el Señor le dice; y la Palabra de Dios es la que determina lo que se va hacer en ella y con ella.

Si alguien pretende cambiar esta humilde sierva en una Reina de los cielos, está perdiendo el respeto a María que dice: "He aquí la sierva del Señor". Y lo mismo sucede con aquellos que quieren hacer de ella una medianera de todas las gracias y corredentora. Estos están despreciando el deseo de María, que dice: "Hágase conmigo conforme a Tu Palabra".

La Palabra de Dios es la luz que quiere María que utilicemos para hablar de ella. Este es nuestro único propósito al analizar las distintas propuestas que se hacen de la virgen María: Ver si todo esto se hace conforme a la Palabra de Dios.

La ilustración de las páginas 5 y 14 : Evert Kuijt: Biblia para los niños, ilustrada por Reint de Jonge, © 1980 Editorial Boekencentrum BV Zoetermeer

La opinión de Dios sobre las imágenes

Doctrinalmente todos los llamados “cristianos” estamos de acuerdo en condenar toda forma de idolatría, hasta la Iglesia Católica en su Nuevo Catecismo dice: *“Hay idolatría desde el momento en que el hombre honra y reverencia a una criatura en lugar de Dios” (NC 2113).*

Otra cosa es la vida práctica de cada cual. El hombre está inclinado por su naturaleza corrompida a divinizar lo que no es “dios” y a dar culto a sus propias fantasías religiosas.

Toda idolatría tiene su origen en el desconocimiento de Cristo y de Su obra completa y perfecta de salvación.

Cuando una persona conoce a Cristo como su único y perfecto Salvador por medio de la fe, es una nueva criatura que adora al Padre en espíritu y en verdad (Juan 4:23). En esta relación no cabe, ni es necesaria, ninguna imagen o figura material.

Todo culto a imágenes de “santos” y

“vírgenes” es una negación del plan perfecto de salvación de Cristo Jesús. Porque con ese culto a las imágenes se les está reconociendo un poder de intercesión y ayuda para la salvación del hombre. Pero la Palabra de Dios no reconoce otro nombre bajo el cielo dado a los hombres para ser salvos, que el Nombre del Señor Jesús (Hechos 4:12). Y además añade, que Jesús *“con Su propia sangre obtuvo eterna redención”* y *“con esta sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 9:12; 10:14)*, esto es, a los que creen en Su Nombre.

El culto a las imágenes de “santos y vírgenes” sólo puede tener lugar dentro del profundo vacío que se da en el corazón de las personas y de las “iglesias” que no conocen a Cristo como su único y perfecto Salvador personal.

Muchos no estarán de acuerdo con esta reflexión porque eso les llevaría a reconocer su propia idolatría. **Pero es mucho mejor desechar la propia idolatría para aceptar a Cristo, que con toda tu propia idolatría desechar a Cristo Jesús como tu único y perfecto Salvador.** Y no vale que digas que tú también crees en Cristo. Porque no puedes compartir esa fe en tus “santos y vírgenes” con la fe en Cristo como tu único Salvador.

Para aclarar todo lo que Dios en Su Palabra nos muestra de la idolatría, nada mejor que comparar tus pensamientos y la doctrina de tu iglesia con lo que dice la Palabra de Dios.



La Biblia dice:

“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas de debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás”

(Ex. 20:4,5).

“No haréis para vosotros ídolos, ni escultura, ni os levantaréis estatua, ni pondréis en vuestra tierra piedra pintada para inclinaros a ella; porque Yo soy Yavé vuestro Dios”

(Lv. 26:26:1).

“Guardaos, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Yavé habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o de hembra, figura de animal alguno... y te inclines a ellos y les sirvas”

(Deut. 4:15-19).

Roma dice:

“El mandamiento divino implicaba la prohibición de toda representación de Dios por mano de hombre.”

Sin embargo, ya en el Antiguo Testamento Dios ordenó o permitió la institución de imágenes que conducirían simbólicamente a la salvación por el Verbo encarnado: la serpiente de bronce (cf. Nm 21, 4-9; Jn 3,14-15), el arca de la Alianza y los querubines (cf. Ex. 25, 10-20; 1 R 6:23-28; 7:23-26).

Fundándose en el misterio del Verbo encarnado, el séptimo Concilio Ecuménico (celebrado en Nicea el año 787), justificó contra los iconoclastas el culto de las sagradas imágenes: las de Cristo, las de la Madre de Dios, de los ángeles y de todos los santos. El Hijo de Dios, al encarnarse, inauguró una nueva “economía “de las imágenes”.

“El culto cristiano de las imágenes no es contrario al primer mandamiento que prescribe los ídolos” (NC 2129-2132).

La Reforma dice:**“¿Qué es idolatría?”**

Es inventar o poner en el lugar que sólo corresponde al Dios verdadero que se ha revelado por Su Palabra, o junto a Él, cualquier otra cosa en la cual se ponga confianza.

¿Qué pide Dios en el segundo mandamiento?

Que no representemos a Dios por medio de alguna imagen o figura, y sólo le rindamos culto como Él ha mandado en Su Palabra.

“¿No es lícito hacer ninguna imagen?”

No podemos, ni debemos representar a Dios de ninguna manera, y aun en el caso de que fuese lícito representar a las criaturas, Dios prohíbe hacer o poseer ninguna imagen destinada a ser adorada o empleada en su servicio. ¿No se podrían tolerar las imágenes en las iglesias, como si fuesen libros para enseñar a los ignorantes? No, porque nosotros no debemos ser más sabios que Dios, que no quiere instruir a su pueblo por imágenes mudas, sino por la predicación viva de Su Palabra” (Cat. Heidelberg).

¿Cómo conciliar el segundo mandamiento, que prohíbe toda imagen de culto, con las imágenes de criaturas hechas en las paredes del templo, y el tabernáculo, el arca y el lugar santísimo?

Dios prohíbe y condena en la Biblia toda forma de culto que nace de la pura fantasía del hombre. No prohíbe la escultura o el adorno arquitectónico que forman parte de la estructura de un edificio.

El Señor en Su Palabra prohíbe que nosotros hagamos lugar en nuestro corazón a imagen alguna, a la cual le rindamos culto, dirijamos nuestros rezos e imploremos su mediación. Esa imagen puede estar en el altar de una iglesia, en el cruce de caminos, en un rincón de tu casa o simplemente en tu mente. Eso para Dios es idolatría.

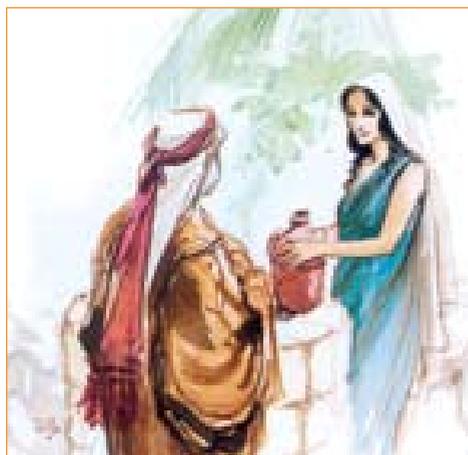
Nada de lo que Dios ordenó a Moisés en la construcción del tabernáculo podía inclinar al pueblo a la idolatría, ya que la mayor parte de esas cosas estaban en el lugar santísimo y allí sólo entraba el sumo sacerdote una vez al año, y no sin sangre, para hacer expiación por sus pecados y por los del pueblo, pero no

para dar culto a lo que allí había. Con esto el Espíritu Santo daba a entender que hasta la llegada de Cristo el camino al Lugar santísimo no se manifestaría. Pero no debemos olvidar que el tabernáculo en que entró Cristo como sumo sacerdote de los bienes venideros, no es hecho de manos, es decir, no es de esta creación, sino que *“entró en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios... una vez para siempre por el sacrificio de Sí Mismo para quitar de en medio el pecado”* (Hebreos 9).

Por eso no se comprende muy bien que el Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica diga: “El Hijo de Dios, al encarnarse, inauguró una nueva “economía” de las imágenes” (NC 2131). En ninguna parte de las Sagradas Escrituras se dice tal cosa, antes al contrario, Jesús Mismo dice a la mujer samaritana, al ser interrogado por ella sobre el mejor sitio de adoración: *“Mujer, créeme, que la hora viene, cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y verdad es necesario que le adoren”* (Juan 4:21-24).

Esta respuesta de Jesús, no sólo, no “inaugura una nueva “economía” de las imágenes”, sino que condena toda adoración o culto a las imágenes, sean de quien sean. No cabe duda que para la Iglesia Católica la “economía” de las imágenes ha sido muy floreciente, y sería un serio contratiempo a sus finanzas, “que medran falsificando la Palabra de Dios” (2 Cor. 3:17).

¿Cómo podríamos compaginar que Dios por medio de la fe en Cristo Jesús nos dé el Espíritu Santo (Gálatas 3:14), y morando en nosotros el Espíritu de Dios



(1 Corintios 3:16) rindamos culto a las imágenes de sus criaturas?

Pablo dice que Dios destruirá a todo el que haga tal cosa. ¿Por qué? *“Porque vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros”*

(1 Corintios 6:19), y en ese templo del hombre creyente sólo se adora a Dios en espíritu y en verdad. Pero no hay lugar alguno en ese templo del creyente en Cristo para el culto o la veneración de imagen alguna.

¿Por qué, si Jesús es Dios hecho hombre, que apareció como un hombre cualquiera ante todo el mundo, no se le puede representar como representamos a cualquier hombre?

Si aun aquellos hombres que habían convivido con Jesús durante tres años tienen que escuchar de sus propios labios: *“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido Felipe? El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre. ¿No crees que Yo soy en el Padre, y el Padre en Mí?”* (Juan 14:9,10).

Cómo hombre alguno puede representar a Jesús, si *“Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación; todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho; porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles. Todo fue creado por medio de Él y para Él... Quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí Mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”* (Juan 1:3; Colosenses 1:15-16; Hebreos 1:2-3).

Cuando representamos a Jesús en un lienzo o en una imagen estamos falsificando la imagen del Dios invisible y

ridiculizando la plenitud de la Deidad. Todas estas representaciones que el hombre se imagina de Jesús son una falsedad que nada tiene que ver con el resplandor de la gloria de Dios. Todo esto no ayuda al hombre a tener un conocimiento de Jesús, más bien lo confunde y lo degrada.

En el Nuevo Pacto el que cree en Cristo como su perfecto Salvador jamás hará imagen alguna del Señor, porque esa función le corresponde al Espíritu del Señor hacerla realidad en el creyente. Como está escrito: *“El que se une al Señor un espíritu es con Él”* (1 Cor. 6:17), y *“el Señor es Espíritu..., y somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”* (2 Cor. 3:18), *“hasta que Cristo sea formado en vosotros”* (Gálatas 4:19). Y el apóstol Pablo concluye: *“Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios”* (Gál. 2:20).

Si los que creen en Cristo Jesús, lo que viven en la carne, lo viven en la fe, ¿cómo van a poder hacer una imagen material? Y es muy adecuado lo que se dice a los Corintios: *“De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne; y aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no le conocemos así”* (2 Cor. 5:16).

El Señor es Espíritu, no lo materialicemos con nuestra increíble idolatría. Porque los que se unen al Señor por medio de la fe un espíritu son con Él. Por eso mientras viven en la carne (en este cuerpo) lo viven en la fe, para ser un espíritu con el Señor. Amén.

¡No hagamos mentirosa a la virgen María!

Muchos que se llaman entendidos, como el papa, se empeñan en demostrar con sus dichos y hechos que lo dicho por María y narrado en la Biblia, no es verdad.

Suena duro lo que digo, pero escuchen ustedes lo que dice María en Lucas 1:47: *“Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador”*.

Pues bien, tanto los papas como los obispos, dicen que María fue concebida sin pecado, por eso la llaman Inmaculada sin mancha y, por tanto, no necesita de un Salvador. Porque el oficio del Salvador es librarnos (rescatarnos) de nuestras deudas (pecados). María se “regocija” en su Salvador, como lo podemos hacer cualquiera de nosotros, porque nos sabemos pecadores y necesitados de ese Salvador.

¿A quién, pues, hacemos caso: a María que se siente como toda criatura, pecadora y

necesitada del Salvador; o a los papas y obispos que llaman a María sin mancha y corredentora (cosalvadora) con Cristo? Elisabet, prima de María, y llena del Espíritu Santo la llama bienaventurada, no por sus cualidades sino por su fe: *“Bienaventurada la que creyó”* (Lc. 1:45).

Una vez más el papa y los obispos se oponen al Espíritu, al afirmar que la bienaventuranza de María se debe a su virginidad, a su inocencia y a sus virtudes (llena de virtudes). El Espíritu dice, es bienaventurada porque creyó.

El mensajero de Dios, el ángel Gabriel, enviado a María le dice: *“María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios”*. Dios es justo, y María ha hallado gracia delante de Él. Si es por



gracia no es por sus virtudes y méritos, sino ya no sería gracia, sino justicia que Dios hacía a María por sus virtudes. Pero a pesar de que son muchos los que ésto dicen de María, haciéndola merecedora de todas las gracias y madre de todos los cristianos, la Palabra de Dios no da tales méritos a María; sino que, lo que ha sido, lo ha sido por gracia, gratuitamente, por la libre misericordia de Dios. Los papas con su actitud mariológica intentan hacer resaltar el papel de la criatura, María, antes que la del Creador. María sólo vio la gran misericordia de Dios con ella y a la vez su propia y sencilla nulidad. De ahí que exclame con humildad: *“Me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre”* (Lc. 1:49). Y esa misericordia es la promesa para con Abraham y su descendencia para siempre (Lc. 1:55). María no se ve como algo especial dentro de la descendencia de Abraham, sino como la verificación de la misericordia de Dios con esa descendencia de Abraham, y que ahora como entonces es válido:

“Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia” (Gn. 15:6).

Otro aspecto de la confusión que siembra el papado en contra de lo escrito en la Biblia, es el gran énfasis que da a la virginidad de María, más una costumbre pagana que una norma bíblica.

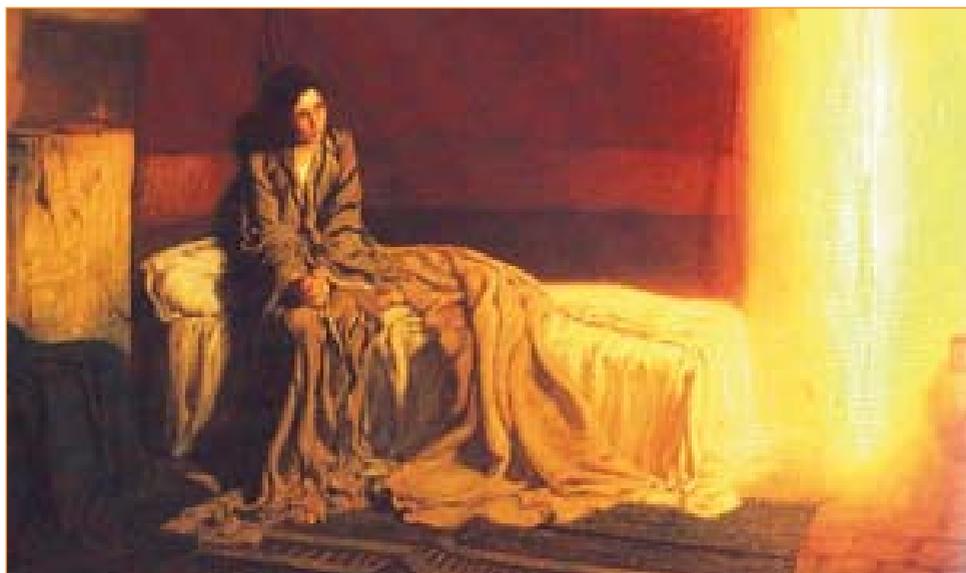
Y a esta costumbre pagana el papado ha esclavizado a cientos y miles de hombres y mujeres de todos los tiempos.

María no tenía como meta de su vida el estado de virginidad, ya que ella estaba desposada con un varón (Lc. 1:27).

Y si la Biblia hace notar que esta joven era aún virgen, no es para ensalzar la virginidad, sino el poder de Dios: *“El Santo Ser que nacería, sería llamado Hijo de Dios”* (Lc. 1:35).

Pero el papado parece olvidar el poder de Dios y al Hijo, y ensalza a la virgen y a la virginidad como factor decisivo y meritorio de la obra misericordiosa de Dios.

El ángel mismo le recuerda a María *“que*



no hay nada imposible para Dios”

(Lc. 1:37). Y Jesús dice: *“No penséis decir dentro de vosotros mismos: A Abraham tenemos por padre; porque yo os digo que Dios puede levantar hijos de Abraham aun de estas piedras”* (Mt. 3:9). ¡Como si Dios necesitase de la virginidad o del bien obrar del hombre para hacer su obra!

Pero el hombre con su sutileza engañosa valora la virginidad, la virtud de la criatura (del hombre o de la mujer), porque así se autovalora a sí mismo ante Dios. El hombre inventa todos los subterfugios imaginables antes de aceptar que Dios: *“El Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo - dijo - Yo habito en la altura y en la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”*

(Is. 57: 15). Quebrantamiento y humildad de espíritu es la situación que Dios pide al hombre para habitar con él. En esa situación se encontraba María, quebrantada y humilde de espíritu. Así la presenta la Escritura. Pero el papado y sus fieles se empeñan en contradecir las Escrituras; y nos la presentan levantada sobre su virginidad, desafiante como Inmaculada, firme como corredentora y medianera de todas las gracias, y si esto fuese poco, la llaman madre universal. Ante esta figura no bíblica un papa se postraba para decir: *“Totus tuus”* (todo tuyo).

Si Dios pide en sus mandamientos: *“Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas”* (Deut.6:5). Yo me pregunto ¿qué le queda a un hombre como el papa, cuyo lema es *“Totus tuus”* (todo tuyo) María, para ofrecer a Dios?

Nada le queda, porque todo lo ha dado a algo formado por su mente al margen

de lo escrito en la Biblia sobre la quebrantada y humilde de espíritu, la virgen desposada, María.

No hacemos justicia a esa virgen ni la apreciamos cuando decimos de ella lo que no ha dicho el Espíritu, ni cuando menguamos con su encumbramiento la gran misericordia y el amor del Padre y del Hijo.

¿Ha dado Jesús el puesto que le papado da a María? ¡NO!

Jesús dice: *“Si el Hijo os liberare, seréis verdaderamente libres”* (Jn. 8:36).

El papa dice: *“María es nuestro auxilio”*.

Jesús dice: *“Sin Mí nada podéis hacer”* (Jn. 15:5).

“Nadie viene al Padre, sino por Mí” (Jn. 14:6).

El papa dice: *“Totus tuus”*, porque en María todo lo podemos.

María es medianera de todas las gracias, luego por María podemos ir al Padre.

Jesús dice: *“El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha”* (Jn. 6:64).

El papa dice: Dado que el Mesías ha nacido de María, ella tiene todos los privilegios, ya que lleva su misma carne.

Esta misma afirmación se la presentaron a Jesús: *“He aquí tu madre y tus hermanos, y te quieren hablar”* (Mt. 12:47).

Sorprende la actitud de Jesús que pregunta: ¿Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos? Él nos da la respuesta acorde con el Espíritu no con la carne, aunque sea la de su madre, María.

Jesús dice: *“Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”* (Mt. 12:50).

¿De dónde, pues, ese título de Madre Universal que el papado da a María? Esa no es la María de las Escrituras, la virgen desposada de Nazaret. Según las palabras

de Jesús, la maternidad de María nada tiene que ver con la salvación de los hijos de Dios. Otra es la causa de esa salvación y filiación, la voluntad de Dios: *“No son engendrados de sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios”* (Jn. 1:13). Si somos fieles a la Palabra de Dios no tiene que sorprendernos la respuesta de Jesús sobre María, antes bien la comprendemos en su justa dimensión. Ya que según está escrito: *“La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios”* (1 Cor. 15:50). Y tampoco da derecho a ningún título

sobre los hijos de Dios. En la carta a los Gálatas 1:8 se lee: *“Si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema”*. *“No hay otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el Evangelio de Cristo”*.

Siendo humildes y a la vez sinceros sólo nos queda aplicar, lo dicho en la carta a los Gálatas, a la actitud papal y a la de todos aquellos que sostienen esas

doctrinas no bíblicas sobre la virgen María: *“nos perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo”*.

No es mi intención ofender a nadie con lo dicho. Quiero simplemente llamar la atención de muchos a ver con imparcialidad y sin ningún tipo de fanatismo, lo que la Biblia dice sobre *“la virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María”* (Lc. 1:27).

Hemos visto lo que el ángel Gabriel dice de María, lo que dice el Espíritu por boca de Elisabet, lo que dice el mismo Jesús; y cómo se ve María ante Dios, su Salvador. Nadie puede contradecir estos testimonios sin mentir, por muy papa que sea o por muy santidad que le llamen.

¿Acaso la incredulidad del hombre puede hacer nula la Palabra de Dios? *“De ninguna manera; antes bien sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso”* (Rom. 3:4), *“Para que seas reconocido justo en tu palabra, Y tenido por puro en tu juicio”* (Salmo 51:4b).

Dondequiera por los “países católicos” se encuentran imágenes o inscripciones exhortándonos a una veneración no bíblica a María



Confusión virginal

El uno de enero de 1987, el papa que entonces ocupaba la silla papal, anunciaba la celebración de un año mariano (dedicado a María), desde el 7 de junio del 87 al 15 de agosto del 88. A la vez anunciaba la pronta aparición de una encíclica sobre María. Esta tuvo lugar el 25 de marzo de 1988 con el título “*Redemptoris Mater*” = *Madre del Redentor*.

Sorprenden las palabras del papa con que se dirigía a la virgen el uno de enero (1987) durante la homilía: *Todas estas cosas “irán encaminadas a profundizar tu misterio y a favorecer la devoción hacia ti, en un renovado compromiso de adhesión a la voluntad de Dios, según el ejemplo que tú has ofrecido como esclava del Señor”*.

¡Qué manera más teórica de confundir la voluntad del hombre con la voluntad de Dios! En ninguna parte de la Biblia, Dios nos ha manifestado que su voluntad sea que veneremos a criatura alguna, todo lo contrario; sino leamos lo escrito en la ley de Dios (Ex. 20:4-5; Dt. 5:8-9). En el profeta Isaías 44:9-11 podemos leer, según la traducción católica Nacar-Colunga: *“Todos los hacedores de ídolos son nada, y sus vanas hechuras no sirven de nada... no ven nada, no saben nada... Mirad, todos sus devotos serán confundidos; los que los hacen son hombres”* .

El papa estaba empeñado en hacer de María un ídolo y a favorecer su devoción con su encíclica y con un año mariano. Pero con la Biblia en la mano tenemos que decir con el profeta Isaías, esa devo-

ción es para confusión de las gentes... Es incompatible esta actitud del papa con “el compromiso de adhesión a la voluntad de Dios”. Eso es querer camuflar la confusión bajo la apariencia de piedad. María, sí, cumplió la voluntad de Dios, por eso dijo: *“He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra”* (Lc. 1:38).

Conforme con la Palabra de Dios es la actitud de María, y nadie estará de acuerdo con María, si no está de acuerdo con la Palabra de Dios. El papa quiere hacer que María tenga una actitud distinta a la que se nos revela en la Palabra de Dios, por eso el papa no está de acuerdo con María que dice: *“Hágase conmigo conforme a la Palabra de Dios”*.

El papa hace con María conforme a sus propios pensamientos y conforme a las tradiciones de hombres, pero no conforme a la Palabra. Cuando el pueblo de Israel hizo esto mismo: *“Provocando a Dios con sus esculturas; sintió Dios toda su cólera al verlo, y rechazó con aspereza a Israel”* (Salmo 78:58-59).

El papa, no sólo, no hace con María conforme a la Palabra de Dios, sino que utiliza lo que Cristo dice a María, para razonar sus propios pensamientos y tradiciones marianas, que parten de las raíces mismas de cada pueblo y de cada cultura, pero no de la Palabra de Dios.

En la primera parte de la encíclica el papa sitúa a María en un lugar particular en el plan de la salvación, haciéndola en sí misma medianera indispensable tanto para el nacimiento de Cristo como para el nacimiento de los creyentes en la fe. Esta maternidad espiritual es la que el

papa se afana en probar, sacando las referencias, que se hacen de María en los Evangelios de su verdadero contexto y significado.

El precursor del plan de salvación en Cristo no fue María sino Juan el Bautista: *“y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás delante de la presencia del Señor, para preparar sus caminos”* (Lc. 1:76).

Dios nos hace ver con Juan el Bautista que son dos realidades distintas la maternidad de María y el plan de salvación en Su Hijo. *“Juan vino para dar testimo-*

nio de la luz”. Y nos dice al ver a Cristo: *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo... Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”* (Jn. 1:7, 29, 34).

De este Juan, Cristo nos dice que: *“entre los nacidos de mujer, no hay mayor profeta que Juan el Bautista; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él”* (Lc. 7:28).

Aquí podemos encontrar la clave de que Cristo nunca habló de María más allá de su maternidad en la carne. Y nunca Cristo dijo de María elogio tan grande como de Juan el Bautista, *“el mayor de los profetas nacido de mujer”*. Cuando a Jesús le dicen: *“He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar”*. No dice que María sea la corredentora, la medianera de toda gracia, la madre espiritual de los creyentes, como dice el papa; porque si esto fuese cierto lo hubiera dicho Cristo, como dijo del Bautista *“el mayor de los profetas”*. Por el contrario, Jesús nos muestra aquí que María como madre nada tiene que ver en el plan de salvación de Cristo; ya que señalando a sus discípulos, dice: *“He aquí mi madre y mis hermanos. Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana y madre”* (Mt. 12:47-50). Por eso, a pesar de que Juan sea *“el mayor de los profetas”*. *“El más pequeño en el reino de los cielos es mayor que el Bautista”*. Y a pesar de que María sea la Madre del Mesías, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que ella; y si no ¿cómo entender las palabras de Cristo, de que *“mi hermano, hermana y madre es el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”*?



¿“Virgen” y con hijos...?

Llegó a nuestras manos un folleto titulado: “Algunos puntos de la fe católica”, del sacerdote padre Bernardo.

Hoy queremos comentar a la luz de la Biblia el “punto de la fe católica: *María siempre virgen y los hermanos de Jesús*”. Así se encuentra formulado en dicho folleto.

El autor de ese folleto se pregunta: ¿Dónde están los textos que hablan de los hermanos de Jesús?

Algunos católicos se preguntan: María, ¿virgen?, María ¿siempre virgen? Unos amigos evangélicos vinieron a decirles: “¿Ustedes no han leído el Evangelio? ¿No saben que Jesús tenía hermanos?”. El católico, que poco estudió su Biblia, repite lo que otros le dijeron: “Los hermanos de Jesús son sus parientes”. O bien: “los hermanos de Jesús somos todos nosotros”. Pero no siempre esta respuesta le parece bien acertada y él mismo duda: ¿Por qué llamamos a María: *La virgen*?

¿Dónde están los textos que hablan de los hermanos de Jesús?

Vamos a citar literalmente los textos tal como están en la versión católica Nácar-Colunga, para compararlos con la citación que hace este sacerdote de estos textos bíblicos.

Mateo 12:46: “Tu madre y tus hermanos están fuera y desean hablarte”.

Marcos 3:31: “Ahí fuera está tu madre y tus hermanos, que te buscan”.

Lucas 8:19: “Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y desean verte”.

Mateo 13:55: “¿No es este el hijo del carpintero? ¿Su madre no se llama María, y sus hermanos Santiago y José,

Simón y Judas? ¿Sus hermanas, no están todas entre nosotros?”

Marcos 6:3 “¿No es acaso el carpintero, hijo de María, y el hermano de Santiago, de José y de Judas y de Simón?

¿Y sus hermanas no viven aquí entre nosotros?”

Juan 2:12: “Después de esto bajó a Cafarnaún Él con su madre sus hermanos y sus discípulos”.

Juan 7:7. “Dijéronle sus hermanos: Sal de aquí y vete a Judea... Pues ni sus hermanos creían en Él”.

Hechos 1:14: “Todos estos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres, con María la madre de Jesús, y con los hermanos de éste”.

Gálatas 1:19: “A ningún otro de los apóstoles vi, sino fue a Santiago el hermano del Señor”.

Para el autor del folleto mencionado, estos textos no prueban nada, son una simple interrogación.

Según él, para darle crédito a estos textos, tendrían que decir: “aquí está tu madre y los hijos de tu madre”. Y como esta frase inventada por el autor no está así formulada en estos textos, ya es razón más que suficiente, para no aceptar a estos como hermanos de Jesús, aunque la Biblia los cite con sus propios nombres.

La Biblia tiene como punto de mira a Jesús hecho hombre para salvar a los hombres.

El autor de ese folleto tiene como punto de mira la virginidad de una mujer para hacer idolatría.

Yo me pregunto ¿qué importancia tiene que Jesús tuviese o no hermanos, hijos

de su madre, para salvarme a mí? Él es mi Salvador, Hijo del Dios viviente, el que me salva. Y no tiene valor alguno el que tuviese o no tuviese hermanos, hijos de su madre, María; sino para demostrarnos que Él era verdaderamente hijo de María en cuanto a la carne como los otros hijos de ella. Ahí está el Hijo de Dios hecho Hombre.

Pero al autor de ese folleto no le preocupa Jesús ni su obra, sino la obra de María.

Por eso tanto interés en silenciar estos textos bíblicos, porque si no tendría que admitir, que su esposo José tuvo relaciones con ella después de dar a luz a su primogénito, Jesús. Como está escrito en Mateo 1:25: “pero (José)

no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús”.

Estos no dudan en decir de Dios cosas que ni nos pasarían por la mente, si no las viésemos escritas, como ésta: “Quien dice de María que tuvo más hijos hace de Dios un pobre Dios”.

Nosotros nos preguntamos: *¿Cómo es posible que alguien piense que Dios es más o menos porque una mujer, criatura de ese Dios, tenga un solo hijo o tenga cinco? El que dice: “Como nada son todas las naciones delante de Él; y en su comparación serán estimadas menos que nada, y que lo que no es” (Isaías 40:17).*

Tenemos que decir que los que dicen tales cosas no conocen a Dios Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que Él Mismo nos ha dado a conocer (Jn. 1:18).

Transcribimos lo que el autor imagina para hacer tales afirmaciones:

Quien dice que María tuvo más hijos, hace de Dios un pobre Dios

Esta afirmación parecerá chocante a muchos evangélicos que, con gran entusiasmo, van predicando que María tuvo otros hijos como esposa de José. Pero, si reflexionaran un minuto, sentirían vergüenza de cómo dejan a su Dios. Imaginemos esta situación. Dios quiere enviar a su Hijo a la tierra. Se fija en una muchacha buena, piadosa, humilde...: María. Pero, desgraciadamente, María no lo había esperado para organizar su vida. Ya estaba comprometida con José y deseosa de tener familia. Entonces Dios la llama:

“¿Quieres recibir a mi Hijo? yo soy el único Padre, y a ti no te corresponde realmente un título de madre: solamente eres su madre “por la carne”, pero



yo te necesito porque no sabría dar a luz una criatura. Acepta, pues, atrasar un poco el momento de juntarte con José y dame este hijo”. María acepta y, luego de nueve meses, Jesús nace. Entonces María puede decir: “Gracias, mi Dios por ese niño; gracias también porque ahora me devuelves mi libertad”.

“José, ¡hacia tanto tiempo que te esperaba!”

Parecerá caricatura, pero, si María tuvo más hijos, así tuvo que ser.

Hasta aquí la fascinante imaginación abiblica de este cura.

Todo esto es simple conjetura, imaginación o perturbación mental. En la carta de Santiago 3: 15 está escrito: *“La sabiduría que no desciende de lo alto, es terrenal, animal, y diabólica”.*

1. Los evangélicos creyentes no predicaban que María tuvo más hijos, sino que Cristo es su único Salvador, y que el hombre sólo puede ser justificado por la fe en Cristo.

2. Los creyentes que permanecen en la Palabra de Dios, y no en el papismo o en sus propios pensamientos, saben que cuando la Biblia habla de “una virgen desposada con un varón que se llamaba José” (Lc. 1:27) no quiere mostrarnos una cualidad de perfección de una joven virgen, lo cual es algo natural, sino la obra de Dios en ella; que el Hijo del Altísimo no fue engendrado por intervención de hombre, sino por el poder del Altísimo.

Cuando alguien pone el acento en la virginidad de María o en su piedad está cambiando el verdadero sentir de la revelación de Dios. Entonces tal persona

se mueve en el terreno “*de la sabiduría, terrenal, animal, y diabólica*”.

3. El que es de la fe de Jesucristo, ni se apoya en sus propias perfecciones, ni en el hombre. Y si alguien le muestra una criatura para alabarla y darle gloria se aparta totalmente de ese culto, aunque a esa criatura se le llame “la virgen María”.

María misma es la primera que reconoce su bajeza ante Dios. Así dice: *“Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador. Porque ha mirado la bajeza de su sierva”* (Lc. 1:47-48).

María engrandece al Señor y se regocija en Dios su Salvador; y no engrandece su virginidad o se regocija en sus virtudes sino en Dios que es su Salvador. Esta misma es la actitud de todo creyente en Cristo, su Salvador. ¿No honramos más a María los que nos identificamos con ella en su bajeza, engrandecemos en nuestra alma al Señor y nos gozamos en la salvación de nuestro único Salvador, Jesucristo?

Reconocemos así la Palabra de Dios que nos dice: *“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)”* (Ef 2:5).

¿No se encuentran lejos de María, la virgen, los que la sitúan en un pedestal, le dan culto, la engrandecen y se regocijan en ella? Esta no es María, virgen desposada con José, de la que nos habla la Biblia.

La virginidad profetizada

En las páginas anteriores ha podido comprobar el modo y la manera de hablar sobre el tema “*los hermanos de Jesús*” desde distintos puntos de vista. Esto lo hacemos para que usted mismo(a) vea quien habla siguiendo las Sagradas Escrituras o quien busca simplemente defender sus principios dogmáticos. Por nuestra parte es un tema que hemos comentado ya varias veces, tratando de no sacarlo del contexto de la propia vida del pueblo de Israel según nos lo narran los Evangelios. Por eso no queremos abundar más en esos textos, y vamos a ver el sentido que le da la iglesia católica a la virginidad de María y así tratar de comprender en alguna manera sus esfuerzos para eludir el escollo de los llamados “*hermanos de Jesús*”.

Si hablamos leyendo la Biblia:

a.- La virginidad de la joven María estaba en función de lo profetizado sobre el Mesías (Is. 7:14)

b.- La virginidad de María era una confirmación de que el Mesías de Israel no vino por intervención del hombre sino del Espíritu Santo, por eso es el Hijo del Altísimo, dándose así cumplimiento a lo que el profeta Isaías profetizó: “*Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz*” (Is. 9:6).

La madre virgen, una seña de Dios para Israel

Si olvidamos el motivo principal por el que la madre del Mesías tenía que ser virgen, caeremos en el culto a la

virginidad y distorsionaremos el mensaje bíblico y su auténtico sentido profético, que nada tiene que ver con la exaltación de las virtudes de una criatura, aunque ésta haya sido elegida para madre del Mesías. Pero no fue elegida por sus propias virtudes, sino en función de la palabra profética de Dios a su pueblo Israel.

Israel esperaba al Mesías y sabían que su madre sería virgen. Este hecho era una señal para su pueblo, nunca un privilegio de la virginidad de María. Que María tuviera más hijos como se les llama en los Evangelios, ni añade ni quita nada a su función de madre virgen del Mesías. Y esto es lo esencial para nuestra personal salvación.

Cuando la iglesia católica ha levantado el culto a la virginidad de María, ha deformado también el sentido bíblico de este hecho mesiánico y ha eclipsado en parte el nombre Admirable del Mesías para admirar el de la virtud de una criatura.

El apóstol Juan, nada escribió sobre María

Algunos se preguntan: “*¿Cómo puede pensar un ser sensato, que Jesús iba a encomendar el cuidado de su Madre a un amigo (Juan), teniendo hermanos; es decir, teniendo hijos María?*”.

Si pedimos sensatez, lo hemos de pedir para todo, no sólo para apoyar nuestra argumentación.

Pero hay algo mucho más importante en el hecho de que Jesús dejara a su madre María al cuidado de su discípulo Juan. Esto nos da pie a pensar que Juan conocía a la madre del Señor mejor

que nadie. Sería el único que nos podía cantar las virtudes y prerrogativas de María como madre del Mesías.

¿Sería sensato en el apóstol Juan que conociendo la ascensión en cuerpo y alma a los cielos de María - como confiesa la iglesia católica -, lo mismo que el título de corredentora y medianera de todas las gracias, como el de reina de los cielos y el de madre de todos los hombres, y sin embargo Juan en todos sus escritos no dice ni una sola palabra de todo esto, que sería esencial para nuestra personal salvación?

¿Puede admitirse tal insensatez en un apóstol del Señor?

De ninguna manera, por lo tanto, si el apóstol Juan conocedor y protector de María no habla, ni una palabra, de esos dogmas que la iglesia católica nos quiere imponer, haremos muy bien en seguir el consejo apostólico: *“Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”* (Hechos 5:29).

Quizá aquí esté la explicación, del porqué Jesús encomendó su madre al discípulo Juan: ¡Para que nadie escribie-

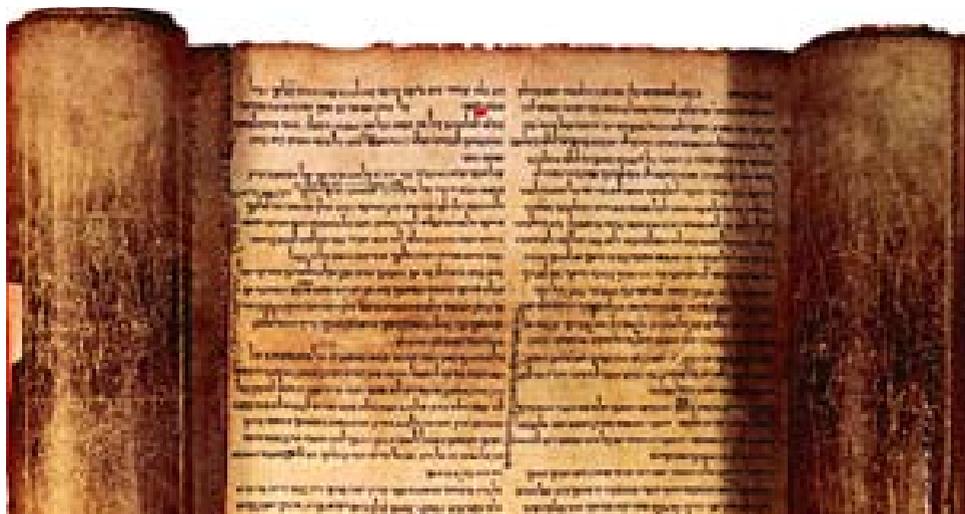
ra ni dijera de ella más de lo que Juan ha dicho y ha escrito!

Juan nos habla del testimonio de Dios

El apóstol Juan nos habla de Jesús como nuestro único y suficiente Salvador, y a Éste nos lo ha dado Dios el Padre, *“para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn.3:16). Y este es el testimonio de Dios, no el de una iglesia, por muy “santa y romana” que se llame. Juan en su primera carta dice: *“Este es el testimonio de Dios: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en Su Hijo”* (1 Jn. 5:11).

Si Juan admitiese, como el papado, que María es la medianera de todas las gracias, nunca hubiese dicho: *“La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo... y de su plenitud tomamos todos, y gracia sobre gracia”* (Jn. 1:16-17).

Todo esto ha llevado a unos a gastar mucho tiempo en decir que María tenía otros hijos, y a otros a demostrar lo contrario. Pero tal vez fuese mejor



que unos y otros se centraran en el centro de nuestra salvación, que no son ni los hermanos ni la madre, sino el Unigénito Hijo de Dios, Jesucristo. Todas esas discusiones lo único que hacen es separarnos más de Jesús, quien es el núcleo y la causa de la unidad de los cristianos. Podemos tener opiniones diferentes sobre ciertos temas, pero nunca debemos quedarnos anclados en las arenas movedizas de nuestras propias diferencias y alejados de la roca de nuestra salvación, Cristo Jesús. Si sobre las arenas de los propios dogmas y opiniones edificamos los templos de nuestras propias diferencias, no pensemos que Jesús va a ser nuestro cómplice en esos templos de egolatría (sería el culto al “yo” religioso de cada cual). Pero no olvidemos que Jesús nos dice sin miramientos: *“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”* (Mt. 16:24). Y *“el que permanece en Mí, y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separa-*

dos de Mí nada podéis hacer” (Jn. 15:5). ¿No será, tal vez, la separación de los cristianos una muestra de que el corazón de ellos está separado de Jesús, aunque con sus mentes y labios piensen y hablen de Él? Jamás Cristo puede ser causa de división entre los que creen en Él, sino de unidad salvadora en el amor del Padre. No discutamos sobre nuestras diferencias, más bien, arrepintámonos y volvámonos al Señor nuestro Dios, y Él nos unirá en el Amado, lavándonos con su preciosa sangre de todos nuestros pecados. Si buscamos cualquier otro método para la unidad de los cristianos, será un fracaso, porque estará basado en las buenas intenciones de los hombres, y no en la sangre de Cristo que nos limpia de todo pecado: el pecado es el obstáculo para nuestra unidad con Dios y entre nosotros. Cristo es el único que quita el pecado del mundo y el único que nos une en el amor.



¿El rosario está en la Biblia?!

El señor José M. Cabezas, católico practicante, nos escribe poniendo como tesis de su carta, el título que encabeza esta página: “El Rosario está en la Biblia”, y continúa diciendo:

“Esta eminente oración es una maravilla de la revelación pública de la época de Cristo y de la revelación privada a Santo Domingo de Guzmán, al que se le apareció la Santísima Virgen para revelar los misterios de los que se compone....”

Lucas 1:28 (el ángel): “Y presentándose a ella le dijo: Salve, llena de gracia, el Señor es contigo”.

En Lucas 1:42 (su prima Santa Isabel): “Y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre....”

Como el Rosario se compone de tres partes a saber: Los misterios gozosos, los misterios dolorosos y los misterios gloriosos, así el Ave María (la oración por excelencia) también se compone de tres partes, el saludo del Ángel, el saludo de su prima Santa Isabel y la revelación de Santo Domingo.....”.

Nuestro comentario

En este tema, como en todos los demás, preferimos escuchar lo que dice el apóstol Pedro, personaje que para los católicos no debe tener duda, ya que según ellos es el primer papa. Pues bien, Pedro dice: “Ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:20-21).

Fray Domingo de Guzmán, canónigo de Osma (España), nació en 1170 y murió en 1221. El papa Inocencio III le nombró predicador contra los “herejes” albigenses. Este papa utilizó todos los medios a su alcance para exterminar a estos cristianos que no comulgaban con el papado ni con la corrupción de la clerecía. Incluso este mismo papa tiene palabras esclarecedoras sobre el arzobispo de Narbona, al decir: “Esta persona no conoce otro Dios que el dinero y tiene una bolsa en lugar de corazón”. Que esto lo diga un hombre como Inocencio III, que durante su pontificado murieron más cristianos que durante la persecución del emperador Diocleciano. Uno de los hombres importantes de esta persecución de los cristianos albigenses fue fray Domingo de Guzmán. En unos de los documentos que él escribe para el hereje reconciliado Poncio Roger le pone como penitencia: “Que en tres días festivos de domingo sea conducido desnudo por un sacerdote, que le irá dando azotes desde la puerta de la villa hasta la de la iglesia....se abstenga de comer carne, huevos y queso para siempre.... y para siempre ayune y se abstenga de peces, aceite y vino tres días en cada semana. Que rece todos los días las horas diurnas y nocturnas, diciendo la oración del Padre nuestro siete veces en el día, diez en la noche y veinte a las doce de la misma noche” (Historia Crítica de la Inquisición Española de J.A. Llorente, tomo I, página 116).

Tal vez en esta penitencia de rezar siete, diez y veinte Padre nuestros, que fray Domingo impone a este “hereje” reconciliado, podemos ver en este fraile

la inclinación a ese tipo de prácticas devocionales, que nada tienen que ver con lo que el Maestro enseñó a sus discípulos, pues Él les advierte: *“Orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos”*. ¿Qué revelación privada pudo recibir fray Domingo de Guzmán, si gran parte de su vida la dedicó a perseguir hasta la muerte violenta a todos aquellos que buscaban conocer por sí mismos la revelación nítida y clara de Dios en Su Palabra? ¿Qué mal hacían aquellos cristianos de Albi, cuando tradujeron a su lengua materna la Palabra de Dios? Así descubrieron

el mensaje de gracia del Evangelio de Jesucristo. Y se apartaron de la clerecía corrupta y del hombre poderoso de Roma sobre una cristiandad atemorizada, y que se autoproclamaba “Vicario de Cristo”.

Usted mismo señor Cabezas, si viviese en los tiempos del papa Inocencio III, con las citas del evangelio según Lucas, que usted hace en su carta, sería perseguido por hereje hasta la muerte. Según palabras del historiador (sacerdote) Peter de Rosa: “Inocencio III, como Mahoma, combinaban religión y guerra. Matando a los albigenses, (el papa) prometió (a sus perseguidores) el



más alto lugar en los cielos” (Vicarios de Cristos, página 179).

Que el rezo del rosario naciese entre la sangre de miles de cristianos muertos bajo las ordenes del papado, y que el hombre que lo alumbró fuese uno de los mayores instigadores de esa persecución, nos tendría que hacer pensar sobre la validez del rosario como oración entre cristianos. El papa Gregorio IX en 1231 estableció con carácter general el tribunal de la Inquisición que confió a la orden creada por Santo Domingo de Guzmán, los dominicos (o “Dominicanos”, “los perros del Señor”). (Historia de la Inquisición Española, página 20, de Martín Walker). Es significativo el nombre dado por su fundador, ya que su principal misión era seguir el rastro a todos aquellos, que se apartaban de la doctrina oficial del papado. Estos hombres, dominicos, no se daban cuenta que la herejía más grande y más destructiva era, y es, la negación del Evangelio de la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y sustituir el Evangelio por las filosofías religiosas de los hombres del papado.

En esa ceguera doctrinal, Domingo de Guzmán inventó una forma de oración, el rosario, que está frontalmente en contra del espíritu de oración que nos muestran las Escrituras (en la forma de orar Abraham, Moisés, el profeta Samuel, el rey David, los salmistas, todos los profetas o Nehemías y Esdras), y en contra de la manera de orar del Maestro y de los Apóstoles.

Cuando se persigue a los que buscan el único Camino, que lleva al Padre, que es Cristo, se inventan otros caminos alternativos, fruto de la fantasía religiosa de los hombres, como es la devoción a María. Pero este culto de devoción a María es un camino que, aunque tengan

cierta apariencia de piedad, conduce a todos los que lo transitan a las densas tinieblas religiosas de la idolatría. Pues habiendo oído del plan de salvación que Dios realizó en Su Amado Hijo para todo hombre o mujer que cree en Él; “por cuanto agradó al (Dios) Padre que en Él habite toda plenitud... y vosotros (los creyentes) estáis completos en Él” (Colosenses 1:19; 2:10). Si la Palabra de Dios nos dice que el hombre tiene en Cristo en plenitud todo lo necesario para la salvación y que se puede saber completo en Él mediante la fe; entonces el culto a María sólo es una negación de que en Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y que nosotros por la fe estamos completos en Él. El rezo del Rosario, pues, no sólo, no está en la Biblia, sino que es una negación de “la plenitud de Cristo” “para salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Salvar a los que por Él se acercan a Dios, no por medio de María; y Jesús vive siempre para interceder por ellos, y no necesita que le ayude a interceder ninguna criatura, aunque se llame María la madre del Señor.

Pregunta una lectora

Si el rezo del Rosario no es bíblico, ¿por qué la iglesia católica utiliza esta fórmula de oración?

Respuesta:

La razón, por la cual el rezo del rosario no está de acuerdo con la Palabra de Dios, hay que buscarla en el hecho de que, con este rezo repetitivo, se está poniendo otro mediador entre Dios y los hombres, que no es el único Mediador y el único Nombre en el que podamos ser salvos, esto es: Jesús el Hijo de Dios.

En el rezo del Rosario, es María a quien se invoca pidiendo: “ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Esta actitud hace desprecio al mismísimo Hijo de Dios, al olvidar que Él “puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebr. 7:25).

Jesús quiere y puede. Quiere: porque Él purificó nuestros pecados por medio de Sí Mismo en el sacrificio de la cruz. Y puede: porque le ha sido dada “potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos” (Jn. 17:2), los que creen en Su Nombre.

Él es el único que pagó un rescate por nosotros pecadores y el único que nos rescata de nuestra vana manera de vivir con Su propia sangre. Y no olvidemos que la Palabra de Dios nos dice: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Jn. 2:1).

En manera alguna podemos justificar el rezo a María, sin contradecir la Palabra de Dios y la obra redentora perfecta y completa de Cristo Jesús.

Además, cuando los discípulos del Señor

le piden que les enseñe a orar, les dice con toda contundencia: “No uséis vanas repeticiones como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos” (Mt. 6:7). ¿No es el rezo del Rosario una vana repetición, que tiene mucho que ver con la palabrería del culto gentil, y nada con lo que nos enseña la Biblia?

¿Por qué la iglesia católica utiliza esta fórmula de oración?

Como hemos visto no es la Biblia la que alienta esta costumbre, sino la fantasía religiosa de algunos devotos de María. Estos no tuvieron en cuenta lo que Dios nos revela en Su Palabra, y dieron rienda suelta a su imaginación religiosa, para introducir unos rezos que bien pudieron ser copiados de las religiones paganas, que nada tiene que ver con la revelación de Dios. Si consideramos un poco las distintas formas litúrgicas de la iglesia católica, vemos que muchos de sus elementos han sido plagiados de esas religiones, que no admiten al Señor Jesús como nuestro único y perfecto Salvador. Por eso, todos esos rezos alejan al hombre de Jesús y lo acercan a la idolatría practicada en toda religión humana que no tiene a Jesús como su único y perfecto Salvador.

Por todo ello debemos tener muy claro lo que nos dice el Salmo 115:3-11:

“Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho. Los ídolos de ellos son plata y oro, obra de manos de hombres. Tienen boca, mas no hablan;

tienen ojos, mas no ven; orejas tienen, mas no oyen; tienen narices, mas no huelen; manos tienen, mas no palpan; tienen pies, mas no andan; no hablan con su garganta. Semejantes a ellos son los que los hacen, y cualquiera que confía en ellos. Los que teméis al Señor, confiad en Él; Él es vuestra ayuda y vuestro escudo”.

Es alarmante el veredicto que da la

Palabra de Dios sobre todos aquellos que hacen esas imágenes y los que confían en ellas. Ya que dice con toda rotundidad que ellos mismos son semejantes a esas imágenes. Porque no oyen la Palabra de Dios; ni ven la salvación que Él mismo nos dio por Su Hijo; ni caminan con sus pies por el Camino, que es Cristo.



¿María es el Evangelio vivo?

¡Esto lo dijo un señor Arzobispo!

El papa llama a los católicos a combatir a las sectas

Este es el titular lo pudimos leer un día en un diario guatemalteco.

Nos hacemos eco del artículo arriba citado referente al pensamiento de un Monseñor sobre todos aquellos que no comulguen con su propia doctrina, que él quiere hacer coincidir sólo en parte con la Biblia. Porque para ese Monseñor - según sus propias palabras - *“la Biblia no lo es todo. También está la tradición y el Magisterio de la Iglesia”*.

Este hombre hace girar todo su pensamiento sobre María y el patriotismo tradicionalista de su iglesia. De María dice: *“Ella nos trajo a Jesucristo al mundo”*.

Yo no encuentro en la Biblia ese encumbramiento de María. Ya que en Juan 3 dice: *“De tal manera amó Dios al mundo (no dice que lo amó María), que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree (no dice el que cree en María), no se pierda, mas tenga vida eterna”*.

Este hombre quiere hacernos ver lo contrario de lo que está escrito en la Biblia. El hace de María el punto central de amor al mundo, poniéndola en el lugar que la Biblia le da a Dios.

La Biblia nos dice que Dios nos ha dado a Su Hijo unigénito. Monseñor nos dice que es María. Es un gran desprecio al amor infinito de Dios querer ocultar su obra de amor en Su Hijo con la sombra de una criatura. El único que trajo y nos dio a Su Hijo es Dios Mismo, y el único por el que podemos tener vida eterna,

para no perdernos, es Jesucristo, si creemos en Él. La obra es exclusivamente de Dios, y la consumación sólo del Hijo. Por eso la Escritura también nos dice: *“En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Él envió a Su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por Él... y lo envió (también) en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:9-10)*. La Palabra de Dios hace girar solo sobre Jesucristo el perdón de todos nuestros pecados y nuestra vida eterna con Dios. ¿Que tradición o qué magisterio puede, en verdad, decir lo contrario?

Cómo podemos quedarnos indiferentes ante las palabras de este Monseñor que dice: *“María es el Evangelio vivo y realizado, hasta el punto de que el Evangelio sin María se descarna, se desfigura y se transforma en una ideología, en un racionalismo espiritual”*.

Después de leer y comentar los textos escritos en el Evangelio de Jesucristo según Juan sólo vienen a mi boca las palabras de... ¡perdónalo Señor, porque no sabe lo que dice!

¿Hasta cuándo señores del Vaticano intentaréis quitar a Jesucristo, el Hijo de Dios viviente, del centro, principio y fin, de su propio Evangelio?!

La blasfemia más grande contra la humilde sierva del Señor, María, es decir que sin ella el Evangelio de Jesucristo “se descarna, se desfigura y se transforma en una ideología”.

El Evangelio sólo se “descarna” cuando se quita a Cristo y se colocan en su lugar

ídolos de madera, piedra o escayola con el calificativo de “santos”.

El Evangelio sólo se “desfigura” cuando se enclaustra dentro de las tradiciones y del magisterio de los hombres. Y estos dos elementos lo “transforman en una ideología”, ya sea política, ética, moral o religioso-mercantil.

El apóstol Pablo nos dice que el Evangelio *“es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”* (Rom. 1:16); *“la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios”* (2 Cor. 4:4); *“el Evangelio anunciado por mí, no es según hombre... sino por revelación de Jesucristo”* (Gal. 1:11).

No vemos que Pablo hable para nada de María en todas sus cartas, y mucho menos de ser María el Evangelio vivo. Todo lo contrario, en la carta a los Gálatas 1:7-8 dice: *“Hay algunos que os perturban y quieren pervertir el Evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro Evangelio diferente del que os hemos anunciado,*

sea anatema”.

Monseñor nos anuncia el evangelio vivo María, ese es otro evangelio diferente del de Cristo. Esto según el apóstol Pablo es perturbar y pervertir el Evangelio de Cristo. Eso sí que es comprar la “fe” con la más cruel mentira, le cambian el Evangelio de Jesucristo por las fantasías de María.

El entonces papa, Juan Pablo II, en una carta dirigida a los obispos y clero guatemalteco les dice que *“hay una especie de agresión por parte de las sectas contra el catolicismo guatemalteco. La agresión es grave porque tienen muchos medios y se han valido de la pobreza. La verdad es que andan comprando la fe”*.

Es lógico que para el papa entre todas esas sectas estan las Iglesias Evangélicas. Pero yo me pregunto, ¿cómo no se va a sentir agredida la Iglesia papal, cuando se encuentra con gentes portadoras del puro Evangelio de Jesucristo? El medio que tienen es el puro Evangelio de Cristo que es poder



de Dios, para todo aquel que cree. Estos no compran la fe, anuncian el Evangelio de Jesucristo, y todos aquellos que aceptan a Cristo, la Palabra de Dios les dice: *“Por gracia sois salvos por medio de la fe,... y esto es don de Dios; no por obras”* (Ef. 2:8-9). Y si no es por obras, mucho menos por dineros que compren la fe.

Me sorprende que el papa después de 500 años de catolicismo guatemalteco hable de la pobreza de un pueblo, para que se venda a otro Evangelio; este argumento se vuelve en su contra, ¿cuántos años más hay que esperar para sacar a ese pueblo de la pobreza? ¿Qué ha hecho la Iglesia Católica durante estos 500 años por los pobres guatemaltecos? Ahora se siente agredida la Iglesia Católica cuando otros procuran que los guatemaltecos lleguen a las riquezas de la fe en Cristo. Y no dudan en decir toda clase de agravios contra ellos para que ese pueblo siga sin que le resplandezca la luz del Evangelio de la gloria de Cristo.

Monseñor dice que los evangélicos *“son gente muy radicalizada, fanatizada, que no acepta al otro. Están dividiendo al guatemalteco por ese fanatismo”*. ¡Este hombre no conoce la historia de su Iglesia!

Aun hoy, hay lugares en España y otros países de Europa que huele a quemado inquisitorial. ¿Y hoy acepta el papa a los teólogos de su iglesia con los que no está de acuerdo en su teología? ¿Acepta el papa a los sacerdotes casados? Me parece que monseñor está hablando de su propia iglesia cuando utiliza esos calificativos contra los evangélicos, por lo menos le caen mejor. Si usted ve a un hombre que se llama evangélico y no acepta al otro y es fanático, entonces

no es evangélico porque no anda conforme al Evangelio de Jesucristo.

El creyente en Cristo ni se radicaliza, ni se fanatiza, ni deja de aceptar al otro. ¿Por qué? Porque ama con el mismo amor que le ama Cristo a él. Y el amor no divide sino une.

Monseñor nos dice: *“Son tan faltos de respeto que hasta van a casas de sacerdotes para decirles que les van a enseñar la verdadera religión”*.

Un creyente en Cristo no va a casa de nadie a enseñar religión, sino a anunciarle a Cristo como su único y perfecto Salvador. Hace poco un sacerdote estaba dando sus lecciones de catequesis, un joven entró y mostrándole una revista (En La Calle Recta) -le dijo- aquí le dejo esto, hermano. ¿Quiere saber lo que pasó después?

Escuche a ese mismo sacerdote:

“Cuando mis alumnos se habían marchado comencé a hojearla y desde esa tarde cambió mi vida. Ahí estaba lo que toda mi vida busqué, bendito sea aquel hermano que me la llevó. Por él encontré a Jesús. Todos estos años entre libros de filosofía y dogmas sólo había encontrado un Cristo prefabricado, tan complicado como una fórmula química”.

Este joven no iba a enseñar religión, le llevaba un mensaje de salvación al hombre que creía estar salvo, y Dios le abrió los ojos para que viera al Invisible, a Cristo. Este joven ¿faltó al respeto u obedeció a Dios?

Juzgue usted mismo señor Arzobispo, *“si es justo delante de Dios obedecer (a usted o al papa) antes que a Dios”* (Hech. 4:19); porque no podemos dejar de decir lo que Cristo ha hecho en nuestras vidas y nos muestra en Su Palabra, la Biblia.

Fiesta de la dormición

Así se denominaba en la liturgia bizantina, lo que el papa Pío XII en 1950 elevó a categoría de dogma universal de la Iglesia Católica: La Asunción de la virgen María, cuya fiesta tiene lugar el 15 de agosto (DS 3903).

El Concilio Vaticano II en su constitución sobre la Iglesia dice: *“La Virgen Inmaculada..., terminado el curso de la vida terrenal, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial y enaltecida por el Señor como Reina del Universo, para que se asemejara más plenamente a su Hijo, Señor de los que dominan y vencedor del pecado y de la muerte”* (LG 59).

Pensamos que la razón última de este dogma, es situar a María en un rango de igualdad con Jesús, que se deduce



de las palabras textuales: “para que se asemejara más plenamente a su Hijo”. Y así poder en alguna manera fundamentar el culto que se le tributa, en contra de los mandamientos de Dios (Ex. 20:4-5). En ninguna parte de la Biblia se lee que María *“terminado el curso de la vida terrenal, en alma y cuerpo fue asunta a la gloria celestial”*.

La Palabra de Dios nos dice:

“Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicias de los que mueren. Porque como por un hombre (Adán) vino la muerte, también por un hombre (Jesús) vino la resurrección de los muertos... Pero cada uno a su tiempo: el primero, Cristo; luego, los de Cristo, cuando Él venga” (1 Cor. 15:20-23) traducción católica Nacar-Colunga). Aquí la Palabra nos habla de *“cada uno a su tiempo”*, el primero Cristo, de lo cual la Biblia nos habla ampliamente; *“luego, los de Cristo cuando Él venga”*; pero la Palabra de Dios no nos dice que se hizo una excepción con la virgen María, como definió el papa Pío XII. Este dogma contradice lo que afirma la Biblia, que el primero en la resurrección fue Cristo y luego en Su venida resucitarán todos los que le aceptaron como su único y perfecto Salvador, incluyendo a María, la sierva del Señor como ella se presentó ante Dios. Nunca como Reina del Universo como nos la presenta Roma.

¿María, Reina del Universo?

El usar la Palabra de Dios para dar un título tan pomposo a una criatura como Reina del Universo, es desconocer el fin primordial de las Escrituras: *“Estas se han escrito para que creáis que Jesús es*

el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en Su nombre” (Jn. 20:31). La Biblia pone como centro a Cristo, el Hijo de Dios viviente, para que el hombre deposite en Él la fe y tenga vida eterna. Pues sólo Jesús es el autor de la fe y de la vida eterna en el hombre.

El apóstol Pablo dice de Jesús: *“Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre”* (Fil. 2:9-11).

El mismo apóstol Pablo escribe a Timoteo y le dice que hay un *“solo Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad”* (6:15-16). No le habla para nada de una *“Reina del Universo”*, antes bien la excluye al admitir un *“solo Soberano”*. Pablo en esta misma carta dice a su amigo Timoteo que *“guarde el mandamiento sin mácula y reprensión”*. Este mandamiento es *“la sana Palabra de nuestro Señor Jesucristo”*. Pablo dice que *“si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a la Palabra:... está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras...”*

¿Qué razón nos da el papa para que le creamos a él y no al apóstol Pablo?

¿Por qué se empeña el papa en que no guardemos el sabio consejo, que Pablo da a su amigo Timoteo, de guardar la Palabra de Dios sin mácula y reprensión? ¿Por qué quiere el papa que maculemos la Palabra de Dios con su Inmaculada como Reina del Universo?

Si hacemos caso al papa, en aquello que la Palabra de Dios no admite, seremos cómplices de sus envanecimientos y

delirios sobre cosas que nada sabe el hombre.

“Ut plenius conformaretur Filio suo” Para que se asemejara más plenamente a su Hijo

Tan raro como le puede sonar esta frase en latín, así de raro le resultará su traducción en el contexto de la Palabra de Dios. La Biblia no dice que una determinada persona, como es la llamada virgen María se asemejara más plenamente a Cristo, sino que *“todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”* (Ef. 3:27).

La Biblia no habla para nada de un adelanto de las promesas de Dios en María, como las que están reservadas para ser manifestadas en todos los creyentes que esperamos la venida de nuestro Señor Jesucristo: *“El cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya”* (Fil. 3:21).

La Palabra de Dios vincula siempre esa manifestación de semejanza, con la venida de Cristo, así podemos leer: *“Amados, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es”* (1 Jn. 3:2). *“Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria”* (Col. 3:4).

¿Por qué razón vamos a renunciar a esta esperanza viva en la venida de Jesús, nuestra vida y nuestra gloria, para dar gloria al delirio de grandeza del papa sobre María sin fundamento bíblico alguno?

No celebremos la fiesta de la dormición, sino la fiesta de la pronta venida del Señor Jesús.

La Biblia me dice:

Jesús es el centro de mi vida, no María

Permítame expresar, como católico, mi sincera admiración por el gran respeto que ustedes muestran en su revista hacia la madre del Señor, la virgen María, no diciendo nada de Ella que no esté escrito en la Biblia, y al mismo tiempo sacan las conclusiones lógicas de lo que Ella misma ha dicho como sierva del Señor.

Pero últimamente he leído un libro de las revelaciones que María, dicen, hizo al sacerdote italiano Stéfano Gobbi. La intención de estas revelaciones es hacer un ejército de sacerdotes al servicio de María para defender la iglesia y el papado.

En la revista, que ustedes como ex-sacerdotes publican, presentan a Cristo como el centro y la causa de la salvación del hombre y para el hombre. Pero en las revelaciones que se vierten en el libro de ese sacerdote italiano, María se presenta como el Centro y la única señal para el mundo de hoy.

En estas supuestas revelaciones María se dirige a sus sacerdotes con estas palabras: “Vosotros me pertenecéis. Sois mi propiedad. En todo momento debéis ser lo que Yo quiero. En todo momento debéis hacer lo que Yo os pida. No temáis, Yo siempre estaré con vosotros (35). Ninguna otra cosa



os debe interesar o ser importante para vosotros que vivir con y para Mí (36). Sólo hay una señal que Dios da al mundo y a la iglesia de hoy: Yo Misma” (125). “Vosotros, los sacerdotes, sois mi legión preparada para luchar por la Iglesia y por el papa (68). El tiempo de mi triunfo ha llegado. Yo os he elegido a vosotros sacerdotes y preparado para el triunfo de mi Corazón Inmaculado en el mundo” (78). (Estos textos están tomados de la edición holandesa de 1979 que es una traducción de la décima edición italiana).

¿Qué hay de cierto en todo esto? ¿Tendremos que quemar la Biblia, una vez más, para poder aceptar estas supuestas revelaciones de los legionarios de María?

*Me gustaría tener su opinión.
P.R.F.*

Respuestas:

Es significativo que en los últimos tiempos, dos de las organizaciones religiosas más secretistas, como son la “Legión de María y el Opus Dei”, tengan como guía de sus operaciones la figura de “María” y como fin último la defensa del papado e indirectamente de su iglesia.

Este lector nos pregunta, *¿qué hay de cierto en todo esto?* Es muy difícil hablar sobre este tema sin crearse enemigos.

Pero una vez más preferimos estar del lado de lo que nos testimonia la Palabra de Dios, que del lado de lo que nos dicen los hombres en contra de la Palabra de Dios hablada por los profetas, y en estos postreros tiempos por el Mismo Hijo de Dios, y por el testimonio de aquellos que le han visto con sus ojos, y *“le han contemplado y palparon con sus manos”* y le creyeron en sus corazones.

Estas revelaciones que nos presenta el sacerdote Stéfano Gobbi, contradicen la misma esencia del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Por tanto, tendremos que convenir con Pablo, cuando dice: *“Estos son falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz”* (2 Corintios 11:13-14).

¿Qué disfraz más angelical, que el de una “Virgen Inmaculada” para poder confundir la mente célibe de un sacerdote?

Pablo nos advierte que no nos dejemos confundir por los disfraces, pues el mismo Satanás se puede disfrazar de ángel de luz. ¿Y cómo lo podrás distinguir?: Por sus frutos los conoceréis, éste es el consejo del Mismo Jesús.

Tampoco hay lugar en la Biblia para estas presuntas revelaciones con las que se dirige la “supuesta” María a los sacerdotes, diciendo: *“Vosotros me pertenecéis. Sois mi propiedad”*. Nadie se puede dirigir a un cristiano con estas palabras: Solo Cristo. La Palabra de Dios sólo nos habla de Jesús en ese sentido, nunca de María. Así podemos leer: *“El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en Su mano”* (Jn.3:35). *“Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y me siguen, y Yo les doy vida eterna,... ni nadie las arrebatará de mi mano...el Padre que me las dio, es mayor que todos”* (Jn. 10:27-30). El único propietario, en el reino de los cielos, de todos aquellos que Dios ha tenido a bien por su sola gracia sacarlos de *“la potestad de las tinieblas, y trasladarlos al reino de Su amado Hijo”* (Col. 1:13), es el Hijo de Dios. No estaría demás recordar aquí las



palabras de Pablo: *“Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres”* (1 Cor. 7:23). Y cuál fue y es ese precio: no con oro o plata, *“sino con la sangre preciosa de Cristo”* (1 Pe. 1:18-19).

Solo Cristo es el único Señor y Dueño de todos los que por la fe le han aceptado como su Salvador personal.

Si alguien se presenta pidiendo esa propiedad, sólo lo podrá hacer con un disfraz de mentira, para arrastrar a muchos a la idolatría de su corazón.

Otra frase sorprendente de estas revelaciones es: *“En todo momento debéis hacer lo que Yo (María) os pida”*.

Esta frase contradice rotundamente lo que la madre del Señor dice a los sirvientes de las bodas de Caná: *“Haced lo que Él os diga”* (Jn.2:5). Y Jesús nos dice que creamos en Él, porque esta es la voluntad del Padre. No habla para nada de la madre María: Más aun, cuando alguien le dijo que su madre y sus

hermanos le querían ver, le respondió: *“¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre”* (Mt. 12:47-50).

Sólo el que hace la voluntad del Padre que está en los cielos, Jesús le considera como hermano o hermana, pero nunca al que hace la voluntad de esa “María” de dichas revelaciones.

Jesús nos pide que permanezcamos en Su Palabra y que permanezcamos en Él, pero nunca nos dice nada de María. Y nos recuerda que no añadamos ni quitemos de la Palabra revelada por Él (Ap. 22:18,19).

Hay palabras en estas supuestas revelaciones, como *“no temáis, Yo (María) siempre estaré con vosotros”*, que la Palabra de Dios sólo las atribuye a Cristo Jesús y a nadie más. Esto es suplantar la persona de Jesús, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, por una simple criatura humana. La intención de este disfraz de satanás está muy clara, quiere que los hombres aparten la confianza del que es fiel y verdadero, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso, y pongan la confianza en una pura fantasía religiosa.

Otra cita de las susodichas revelaciones da un paso más en apartar a Jesús de la vida de los creyentes para entregarse a “María”, de tal manera que les pide: *“Ninguna otra cosa os debe interesar o ser importante para vosotros que el vivir conmigo y para Mi”*.

Esto es un intento de sustituir la Vid Verdadera que es Jesús por algo sacado del reino de las tinieblas. Pues Jesús

nos dice: *“Yo soy la Vid Verdadera y mi Padre es el Labrador...Permaneced en Mí y Yo en vosotros...porque separados de Mí nada podéis hacer”* (Jn. 15:1-5). El apóstol Pablo contradice esas revelaciones marianas al afirmar con toda firmeza: *“Si vivimos para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven”* (Rom. 14:7,9).

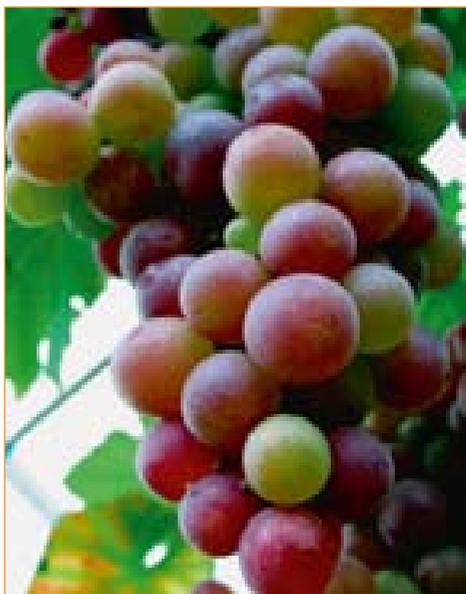
Cuando alguien pone otra persona para vivir con Ella y para Ella está tirando por la borda la muerte y la resurrección de Cristo.

El objetivo final de todas estas revelaciones nos lo presenta esta cita: *“Vosotros, los sacerdotes, sois mi legión preparada para luchar por la Iglesia y por el papa”*.

Una legión preparada para luchar por el papa y su iglesia, nada tiene que ver con lo que Jesús dice a sus discípulos: *“Id; he aquí yo os envío como corderos en medio de lobos”* (Lc. 10:3). Y también: *“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”*

(Jn. 1:29). *“Bienaventurados seréis cuando los hombres os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos”* (Lc. 6:22-23). Está muy claro que el Espíritu de estos textos de la Palabra de Dios es muy distinto del “espíritu” de esas revelaciones marianas.

El que quita el pecado del mundo es el Cordero de Dios, no una legión de sacerdotes al servicio de María. El Señor Jesús compara a sus discípulos con corderos no con una legión de lobos. Lo que tampoco tiene cabida entre los



discípulos de Jesús y Su Palabra es una legión de defensa contra esos hombres que vituperan y desechan al papa y a su Iglesia.

Pensamos que la mejor forma de concluir esta reflexión sobre la pregunta de este católico, es citando lo que está escrito en Deuteronomio 13:1-4: *“Cuando se levantara en medio de ti profeta o soñador de sueños, y te anunciara señal o prodigios, y si se cumpliera la señal o prodigio que él te anunció, diciendo: Vamos en pos de dioses ajenos, que no conociste, y sirvámosles; no darás oído a las palabras del tal profeta, ni al tal soñador de sueños; porque Yavé vuestro Dios os está probando, para saber si amáis a Yavé vuestro Dios con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma. En pos de Yavé vuestro Dios andaréis; a Él temeréis, guardaréis sus mandamientos y escucharéis su voz, a Él serviréis y a Él seguiréis”*.

Pregunta un católico

¿Por qué los protestantes o evangélicos que siempre están con la Biblia en la boca, se escandalizan tanto de que los católicos tengamos siempre el nombre de la Virgen Santísima en nuestra boca? Ya que la Biblia no deja de ser un simple libro, pero la virgen María es la Madre de Dios.

Nuestra respuesta:

En primer lugar, si los que usted llama protestantes o evangélicos sólo tienen la Biblia en la boca, y no en el corazón, no estarían siendo fieles al deseo de Jesús. Pero cuando de la abundancia del corazón habla la boca, en ellos se cumple lo que está escrito: *“Daré por respuesta a mi avergonzador, que en tu palabra he confiado. No quites de mi boca en ningún tiempo la Palabra de Verdad”* (Salmo 119:42,43). Según esto, un cristiano no debe sentir el más mínimo malestar, cuando en boca de alguien está la Palabra de Verdad. Y mucho menos sentirse contrariado o escandalizado por dar una respuesta de confianza en la Palabra de Dios.

A mí personalmente nunca me ha molestado que la gente nombre la virgen María con respeto. Lo que, sí, me causa pena es, cuando es blasfemado tan neciamente. Y permítame decirle, que por desgracia, en boca de los católicos oigo más blasfemar el nombre de la virgen que palabras de respeto hacia ese nombre.

Pienso que la razón de que usted no entienda, el porqué los evangélicos se sorprenden tanto, -más que escandalizarse-, del uso que hacen los católicos del nombre de la virgen, está en el

concepto que tiene usted misma de la Biblia, porque según usted *“no deja de ser un simple libro”*.

Aquí radica la gran diferencia de pensamiento que hay entre usted y un evangélico. Éste acepta la Biblia como la Palabra de Dios, y usted como un simple libro, que ni ha leído ni conoce. Porque si la hubiese leído, nunca diría que es un simple libro. Y tampoco la conoce, porque si la conociese no haría esa comparación con la virgen María.

La Biblia no es, -como usted dice- un simple libro. Es la Palabra de Dios, que habló muchas veces y de muchas maneras en otros tiempos por los profetas, y en estos postreros días nos habló por Su Hijo, Jesucristo (Hebreos 1:1.2). No hay libro que se le pueda comparar, porque su autor es Dios, y el inspirador de ese libro es el Espíritu Santo. Pero el actor principal que nos presenta la Biblia es el Mismísimo Hijo de Dios, Jesús, el Cristo, como nuestro único y perfecto Salvador. Según esto, comprenderá que la Biblia no es un “simple libro”. Y por eso para un cristiano es la joya más preciada que puede haber, para adornar su corazón, su mente y sus propios labios.

Y si esta Palabra de Dios nos dice que: Sólo en el nombre de Jesús tenemos salvación, *“porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12); será contradecir a Dios y a Su Palabra poner en nuestras bocas otro nombre para buscar ser salvos. Porque el único nombre que Dios nos ha “dado a los hombres” para salvarnos, es el Nombre de Jesús.

Si usted usa otro nombre, ése no ha sido dado por Dios sino por los hombres de la religión, pero no tiene poder alguno para salvarle. Por mucha tradición religiosa que tenga ese nombre de una “virgen o de un santo”, no tienen ningún poder para salvación. Porque Dios sólo nos ha dado el Nombre de Jesús, Su Hijo Amado, *“para que todo aquel que cree en Él, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Juan 3:16).

En ninguna parte de la Biblia se nos dice que el nombre de la virgen María deba ser invocado para salvación. Incluso el apóstol Juan, que convivió con la madre del Señor, en ninguno de sus escritos nombra, para nada, a María en relación con nuestra salvación personal, sólo nos habla del Señor Jesús como nuestro único y perfecto Salvador; como el único Camino, la Verdad y la Vida para ir al Padre y a la casa del Padre. Todos esos títulos, que se le dan a la virgen María, son un producto de la fan-

tasía religiosa de los hombres, sin tener en cuenta para nada, lo que claramente nos dice la Palabra de Dios.

Y no debemos olvidar que el Señor nos dice claramente que, si queremos ser sus discípulos, hemos de permanecer en su Palabra: *“Si vosotros permaneciereis en Mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres”* (Juan 8:31).

Jamás seremos libres si utilizamos para nuestra salvación nombres, como el de la virgen María o de los santos, los cuales Dios no nos ha dado. Y tampoco nos podemos considerar discípulos de Cristo, aunque nos llamemos cristianos o católicos, si no permanecemos en Su Palabra, la cual nos presenta la Biblia. Lo mejor que usted puede hacer, para que nadie decida por usted, tome en sus manos una Biblia y léala. Es algo muy importante en su vida personal, para dejarlo en manos de nadie, porque está en juego su vida eterna.

**EN EL NOMBRE DE
JESÚS**

Una rosa de oro para la “Reina de la paz”

Opina una católica

*Me dirijo a ustedes para tratar de buscar respuestas a mis inquietudes religiosas. Me siento muy confusa con la actitud de muchos sacerdotes cuando manifiestan en televisión sus tendencias homosexuales y sus opiniones sobre el Evangelio de Jesucristo. Yo he leído algunos números de su revista “En La Calle Recta”, y me siento muy identificada con su manera de presentar lo que dice la Biblia. Aunque hay temas que por mi tradición me son de difícil comprensión como es la devoción a la virgen María. Para mí desde niña siempre ha sido algo muy importante en mi vida religiosa. Incluso cuando veo al papa arrodillado con mucha dificultad ante la Virgen de Lourdes siento una profunda emoción. Por eso no entiendo muy bien que esto tenga algo que ver con la idolatría de la que ustedes hablan en su revista. Ustedes fueron sacerdotes y en todos los pueblos celebran fiestas dedicadas a la virgen María, ¿qué hacían ustedes como sacerdotes? ¿Qué mal hace la gente cuando celebra la fiesta de la Inmaculada, si es un dogma de fe? No es mi intención ofenderles, antes bien deseo ver las cosas claras, y no tener dudas en mi vida religiosa. Atentamente,
J.S.D.*

Nuestra respuesta

Estimada Señora, ante todo, le agradezco su sinceridad e inquietud por buscar la verdad. En esta búsqueda es necesario mirar a Jesús y dejar a un lado la manera de pensar de los hombres, aunque estos sean sacerdotes. Porque la Verdad no está en los sacerdotes sino en Cristo. Ellos como hombres están tan corrompidos como cualquier hombre, y necesitan nacer de nuevo como le decía el Señor Jesús a aquel maestro de Israel, Nicodemo. Personalmente nunca me han preocupado las manifestaciones de esos sacerdotes en televisión o en otros medios. Pues lo único que

demuestran con esas manifestaciones es que no conocen a Cristo. Y nosotros en nuestra revista predicamos a Cristo como nuestro personal Salvador que nos libra de todos esos pecados e inclinaciones. Lo triste de estos sacerdotes es, que se crean ser miembros privilegiados de la única iglesia verdadera, cuando su vida personal es una gran mentira. Y esta contradicción no les deja ver que el Evangelio de Jesucristo “*es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree*” (Romanos 1:16). Por eso no deben preocuparnos lo más mínimo los conceptos ético-filosóficos que vierten acerca

del “Evangelio”, del que solo conocen la letra escrita, pero desconocen que esas palabras son espíritu y son vida para el que cree en el Señor Jesús. Por eso Jesús nos dice: *“El que cree en Mí, tiene vida eterna”* (Juan 6:47).

Me alegra también que se sienta identificada con nuestra manera de presentar la Biblia. Pero nosotros lo que buscamos es que usted se identifique con Cristo y en la fe de Él pueda decir: *“ya no vivo yo, mas vive Cristo en mi; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Si Mismo por mí”* (Gálatas 2:20).

También comprendo que por su tradición mariana le resulte difícil aceptar que sólo Cristo salva y no necesita ayuda de nadie, ni de la virgen María. Nosotros no ponemos en duda el gran privilegio que Dios ha tenido con la joven María de Nazaret para escogerla como madre del Mesías. Y porque creyó a la Palabra de Dios, este es el gran título que portará por los siglos de los siglos. Su misión escogida por Dios fue dar a luz al

Mesías, y la misión del Mesías es salvar a su pueblo de sus pecados (Mateo 1:21). Cuando alguien ante Jesús quiere mezclar estas dos misiones, Jesús le dice: *“Mi madre y mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios, y la hacen”* (Lucas 8:21). Jesús deja claro que las relaciones de carne y sangre no aprovechan para nada, porque como Él mismo dice: *“El Espíritu es el que da vida; las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida”* (Juan 6:63). Estas palabras de Jesús bastarían para plantearse su devoción a la virgen, aunque se sienta reforzada y estimulada por la actitud del papa arrodillado y tembloroso por su enfermedad ante la imagen de la Virgen de Lourdes. En cuyo pedestal se lee: *“Soy la Inmaculada Concepción”*.

Hasta el año 1854 la iglesia de Roma no tenía el dogma de la Inmaculada. El papa Pio IX en su bula *“Ineffabilis Deus”* proclamó el 8 de diciembre de 1854 este dogma. Pero en ninguna parte de la Biblia encontramos argumentos para proclamar este dogma. No hace falta



recordar que una gran mayoría de los obispos se oponían a este dogma y también al dogma de la infalibilidad papal; que este mismo papa Pío IX proclamó en el concilio Vaticano I.

Si uno analiza un poco estos hechos religiosos, vemos que apenas cuatro años más tarde de definir el dogma de la Inmaculada, ya el 11 de febrero de 1858 aparece en Lourdes la Inmaculada. Esto para el papado sería la confirmación de su dogma y dejaría en vergüenza a tantos obispos y teólogos que no admitían tal propuesta. El correr de los años confirmó el dogma, y también la aparición de Lourdes. Pero, si miramos a las Escrituras los dos hechos tienen la misma identidad, carecen de fundamento bíblico.

El Señor a los que “oyen la Palabra de Dios y la hacen”, dice: *“No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas de debajo del mar. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás”* (Éxodo 2:4,5). ¿Por qué? Porque *“Dios es Espíritu; y los que le adoren, en espíritu y verdad es necesario que le adoren”* (Juan 4:24).

El mandamiento de Dios dice: “No te inclinarás a ellas, ni las honrarás”. Cuando el papa estaba arrodillado con mucha dificultad y tembloroso por su enfermedad ante esta imagen de Lourdes, ¿no se inclinaba ante ella y la honraba? Entonces estaba desobedeciendo a Dios e induciendo a muchos otros fieles a que hiciesen lo mismo. ¿Y cuando depositó una bellísima rosa de oro ante la “Reina de la Paz”, no estaba honrando a esa imagen y desobedeciendo a Dios?

El papado con su curia pueden hacer lo que le venga en gana como ciudadano de este mundo y cabeza visible de su religión. Pero lo que no puede hacer es

obligar a los demás a aceptar su conducta y sus definiciones como norma de fe, cuando están en abierta contradicción con los mandamientos de Dios y del mensaje salvífico por la sola fe y la sola gracia de Jesucristo.

Para mucha gente, que es devota de la virgen, el presentar este hecho a la luz de la Palabra de Dios le resulta, cuando menos irritante o escandaloso. Y cuando miran a la multitud de enfermos y devotos con sus ofrendas, y al mismo papa postrado ante esa imagen acompañado de tantos obispos y sacerdotes, concluyen que sólo los enemigos de la iglesia católica o los herejes no pueden estar de acuerdo con este culto. Con esta conclusión “piadosa” acallan sus conciencias y cierran sus oídos a la Palabra de Dios, que les muestra que ese culto es reprobado por Dios. En boca de su profeta Isaías dice: *“Los formadores de imágenes de talla, todos ellos son vanidad, y lo más precioso de ellos para nada es útil; y ellos mismos son testigos para su confusión que los ídolos no ven ni entienden”* (Isaías 44:9).

Estas personas devotas aún les parece tener argumentos a favor de su devoción por los milagros que dicen se dan en Lourdes. Afirman que se han documentado en detalle más de siete mil, pero oficialmente se han declarado sesenta y seis. Hay una gran diferencia entre siete mil y los sesenta y seis que la misma iglesia ha aceptado como tales. Pero yo me pregunto, ¿qué fiabilidad doctrinal me pueden ofrecer unos hombres que han implantado este culto desobedeciendo frontalmente la Palabra de Dios? Pedro y los apóstoles nos dicen: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5:29). Y el Señor Jesús nos advierte de la confusión de los tiempos finales, y dice:

“Se levantarán falsos Cristo, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos...., no los creáis” (Mateo 24:24). Todo esto lo debemos tener muy en cuenta. El que usen el nombre de Cristo, de vicario de Cristo o el de profeta no es garantía de autenticidad. Ni tampoco las grandes señales y prodigios que puedan hacer

nos garantiza que no son falsos. Antes bien el Señor Jesús nos dice: “No los creáis”, porque son falsos Cristos o falsos profetas, porque no permanecen en la Palabra de Dios.

No es fácil deshacer esta maraña tejida entorno al culto mariano, podríamos decir que para el hombre, que ha sido atrapado en ella, es imposible. Pero debemos tener confianza, porque “lo

que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (Lucas 18:27).

Y si queremos alcanzar la libertad de los verdaderos hijos de Dios, debemos escuchar el consejo del Señor Jesús que nos dice: *“Si vosotros permanecéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la Verdad, y la Verdad os hará libres”* (Juan 8:31,32).

Todo el que quiera ser discípulo de Cristo debe permanecer en Su Palabra, con la promesa de que conocerá la Verdad, es decir, conocerá a Cristo y Él le hará libre de todo pecado e idolatría. Pues Él se manifestó en carne para quitar nuestros pecados. Por eso *“todo aquel que permanece en Él no peca”* (1 Juan 3:5,6).



Opinión de Sor Irma

Señores de la revista ECR:

Después de leer algunas revistas ECR. Esta vez la N° 178 he decidido enviarles esta carta que cuestiona algunas ideas repetidas inclusive en sermones o conversaciones de hermanos evangélicos. ¿Ustedes creen que Dios es tan mezquino para enojarse o para castigar por ver a miles y millones de criaturas rezar u orar a su Madre María o a los santos? María es Madre de Cristo, Hijo de Dios; los santos como ejemplos de vida espiritual, hicieron actos laudables que agradaron a Dios. Dios se gloria en su obra y su obra es María, son los santos, somos todos los hombres católicos, evangélicos, hinduistas etc. Cuando ustedes están lejos de su mamá y encuentran una foto de ella, ¿no es cierto que la miran con cariño incluso le dan un beso a la foto? Cuando hablan bien de ella, ¿no se sienten halagados, orgullosos? Y al contrario, si delante de ustedes alguien rompe la foto o la pisa o la tira, ¿no entrarían en cólera o se enfadarían? Esto último hacen muchos de los que no son católicos, hacen ustedes con las imágenes de María y de los santos. Los católicos cuando nos acercamos a una imagen de María o de algún Santo no es para adorarlos (sabemos que es de yeso y de madera) simplemente es como la fotografía de mamá o de papá, nos recuerda y nos lleva a pensar en la bondad, en la ternura de la madre de Dios y como Madre del creador puede conseguir todo lo que le pide a su Hijo o todo lo que conviene; para nosotros los católicos es entonces una intercesora

allá en el cielo.

Por otro lado, refiriéndome a los que fueron sacerdotes y están ahora como pastores de esa iglesia evangélica. ¿Acaso hay necesidad de dejar de ser sacerdote o religioso(a) para encontrar la salvación? Yo soy religiosa franciscana, no lucho contra nadie ni menosprecio a nadie por su credo o secta a la que pertenecen, a todos los respeto; no necesito pasarme a otra religión o secta para ser verdadera hija de Dios y hermana de Jesucristo; para encontrar la salvación; para estar en paz con Dios y para ser feliz. Creo que los que han tenido una fe muy frágil, una formación cristiana poco profunda, los que no están seguros de lo que optaron etc., son los que cambian de religión. Todos los que están seguros y plenamente felices que la religión que optaron es la verdadera, ellos se salvarán. Así como Pablo, a quien admiro, un día le dijo al Señor, ¿qué quieres que haga?... y como Pedro, Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo... tomé la decisión de ser religiosa, de consagrar mi vida sólo para Él; hasta hoy trabajo con niños, jóvenes dando a conocer a Cristo, soy feliz y por nada me cambiaría de religión, mi fe es madura, mi amor por Cristo es grande y con la gracia de Dios pienso seguir ayudando a quienes Dios me pone en el camino. Cordialmente,

Sor I.A.

Respuesta

Muy distinguida Sor Irma:

Quiero agradecerle su sinceridad y la sencillez con la que expone con toda firmeza sus convicciones religiosas, y sobre todo, por tomar - según sus propias palabras- la decisión de consagrar su vida sólo para Él.

Deseo antes de nada aclararle que el fin de nuestra revista no tiene como objetivo hacer que la gente cambie de religión, ni mucho menos tratar de menospreciar la fe religiosa de nadie, aunque no esté de acuerdo, esa fe religiosa, con la Palabra de Dios.

Usted nos pregunta: “¿Creen que Dios es tan mezquino para enojarse o para castigar por ver a miles y millones de criaturas rezar u orar a su Madre María o los santos?”.

La Biblia nos dice que Dios es “*el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo; el que habita en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu*” (Isaías 57:15). Lejos de nosotros pensar algo del Señor que no haya sido revelado por Él. Porque por muy buenos que nos parezcan nuestros pensamientos y los caminos que seguimos, nos podemos encontrar con la Palabra de Dios que nos advierte: “*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos*” (Isaías 55:8). Por tanto es un riesgo mezquino pretender que Dios haga suyos nuestros propios pensamientos religiosos, los cuales Él mismo, una y mil veces, ha condenado con Su Palabra. En nuestro interior siempre encontramos una actitud de rebelión y obstinación en contra de

esa Palabra. Pero el Señor por boca del profeta Samuel nos advierte como al rey Saul: “*¿Se complace Yavé tanto en los holocaustos y víctimas (o rezos y penitencias), como en que se obedezca a las Palabras de Yavé?*” (1 Samuel 15:22). Si tú desechas la Palabra del Señor, Él también te desechará a ti. En ninguna parte de la Escritura se nos dice que recemos a ninguna criatura, llámese virgen María o “santo”. El Señor Jesús que conocía perfectamente a su madre, les dice a sus discípulos: “*Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre*” (Mateo 12:50). “*Mi madre y mis hermanos son los que oyen la Palabra de Dios, y la hacen*” (Lucas 8:21). El mismo Jesús no da mayor protagonismo a María que a cualquier otro que hace la voluntad del Padre o que oye la Palabra de Dios, y la hace. ¿No sabía Jesús que era su madre? Sí, pero también nos dice que la carne y la sangre no aprovechan para nada. Y esto es lo que no sabían aquellos que le dicen: “*Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte*”. Los que oyen la Palabra de Dios, y la hacen, son mi madre y mis hermanos, dice Jesús; porque “*las palabras que Yo os he hablado son espíritu y son vida*” (Juan 6:63).

Si, después de tantos años, seguimos presentando a la madre del Señor como lo hicieron aquellos contemporáneos de Jesús, entonces no hemos entendido nada de lo que Él nos ha dicho. El Señor es fiel y verdadero, y no quiere que nos engañemos poniendo nuestros pensamientos o sentimientos como guías de nuestra relación con Él. Ya que esta

relación tiene que estar fundamentada en la voluntad del Padre y Su Palabra. Por muy afectuosas que nos parezcan nuestras consideraciones sobre la madre del Señor, nunca debemos olvidar que sólo *“el Espíritu es el que da vida”* (Juan 6:63).

Por lo cual podemos hacer toda una liturgia fundada en nuestro afecto y sentimiento natural hacia la virgen María, pero si no es la Palabra de Dios, la que ilumina nuestro proyecto, estaremos viviendo al margen de la voluntad del Padre de nuestro Señor Jesucristo y de Su Palabra.

Usted se pregunta: *“¿Cuándo ustedes están lejos de su mamá y encuentran una foto de ella no es cierto que la miran con cariño incluso le dan un beso a la foto?”*

Ahora yo le pregunto, ¿lo que a usted le presenta su iglesia es una foto real

y una imagen real de la virgen María, o sólo es una fantasía de la mente pictórica de algunos hombres? ¿Qué diría usted a alguien que le presentara una foto o pintura de su madre que nada tiene que ver con la figura física de su madre? ¿Besaría usted esa foto? ¿Le tendría algún aprecio, como si representara a su madre?

Dios es sabio, y en ninguna parte de los Evangelios permitió que los hombres trazasen en sus escritos los rasgos físicos, ni de Jesús ni de María. Jesús mismo nos da la razón: la carne y los lazos de sangre no aprovechan para nada, el Espíritu es el que da vida. Juan evangelista conocía a la perfección a la Madre del Señor, y en todos sus escritos no dejó ni un solo rasgo de la figura de María. Si era tan importante su imagen, ¿cómo se nos ocultaron todos sus rasgos auténticos en los Evangelios? El mandato de Dios está vigente en



las Escrituras: *“Guardad, pues, mucho vuestras almas; pues ninguna figura visteis el día que Yavé habló con vosotros de en medio del fuego; para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura, imagen de figura alguna, efigie de varón o hembra”* (Deuteronomio 4:15,16).

Por eso en los Evangelios no vemos la descripción de ninguna imagen de Jesús, ni de María ni de ningún otro, “para que no os corrompáis y hagáis para vosotros escultura o imagen de figura alguna”. Sin embargo los católicos hemos olvidado por completo esta severa advertencia de Dios, y nos hemos corrompido con toda clase de esculturas e imágenes.

Sor Irma, ¿piensa usted que Dios no se va a enojar y castigar al ver a miles y millones de criaturas rezar a la imagen de María y de los santos? Sabe cómo llama Dios a tal actitud: ¡Corrupción de vuestras almas!

Todo lo que nosotros podamos pensar sobre la belleza y la ternura de esa imagen de la virgen María, y la cercanía de ella con Jesús, no es ninguna excusa para quebrantar el mandato de Dios. *“Porque Yavé Dios es fuego consumidor, Dios celoso”*.

Usted se sigue preguntando: *“¿Acaso hay necesidad de dejar de ser sacerdote o religioso(a) para encontrar la salvación?... No necesito pasarme a otra religión o secta para ser verdadera hija de Dios y hermana de Jesucristo; para encontrar la salvación; para estar en paz con Dios y ser feliz”*.

Yo le haría la pregunta al revés: Si uno ha encontrado la salvación, ¿puede admitir ser sacerdote o enclaustrarse en una vida religiosa?

Cuando uno acepta a Cristo como su único y perfecto Salvador, de inmediato

hace suyas las palabras del apóstol Pablo. *“Cuántas cosas eran para mí ganancia (el sacerdocio, la teología filosófica, el culto a la virgen y a los santos), las he estimado como pérdida por amor de Cristo... y lo tengo todo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley (por los sacramentos y las propias obras), sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”* (Filipenses 3:7-9).

La justicia que presenta un sacerdote o una religiosa ante Dios, no es la justicia que es de Dios por la fe, sino su propia justicia que se fundamenta en el cumplimiento de sus normas.

Ese mismo error lo cometió Pablo durante mucho tiempo, incluso en su celo llegó, confiando en su propia justicia, a perseguir a los auténticos discípulos de Jesús, que sólo confiaban en la justicia que es de Dios por la fe de Cristo.

Cuando Pablo preguntó al Señor, ¿qué quieres que haga?, comprendió que todo su celo religioso que alimentaba su propia justicia por la ley, considerándose irreprochable, sólo le merecía el calificativo de pérdida, y lo tenía por basura para ganar a Cristo y hallar en Él la justicia que es por la fe de Cristo.

Pablo no cambió de religión, pasó de las tinieblas religiosas a la luz, de la muerte a la vida. Ninguna religión salva al hombre, por mucho que uno lo crea. Sólo Jesús, el Hijo de Dios, es nuestro único y perfecto Salvador. *“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos”* (Hechos 4:12). Y tampoco podemos añadir otros nombres, aunque sea el de la virgen María u otros “santos”. La Palabra de Dios nos dice sin ningún género

de duda: *“En ningún otro hay salvación; no hay otro nombre”*, sólo Jesús. Ni por la religión ni por cambiar de religión uno encuentra la salvación, sino por la fe de Cristo y en Cristo. Tampoco la religión nos hace hijos de Dios, porque sólo aquellos que creen en el único Nombre, que hay salvación: Jesús; Dios les da la potestad de ser sus hijos (Juan 1:12), y coherederos con Cristo. Este no es un privilegio de la religión, sino un don de Dios por la fe en Su Hijo. Ningún hombre puede estar en paz con Dios si no ha sido justificado por medio de la fe en nuestro Señor Jesucristo (Ro-

manos 5:1). Pero no olvide que somos justificados gratuitamente, sólo, por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. Así Dios es el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesucristo (Romanos 3:24,26).

Según todo esto “para encontrar la salvación”, usted lo que necesita, no es cambiar de religión, sino creer en Jesucristo; y aceptar así ser justificada ante Dios por medio de la fe en Él, en quien tendrá redención por Su sangre y el perdón de todos sus pecados como don inmenso de las riquezas de la gracia de Dios.

Usted concluye: *“Tomé la decisión de ser religiosa, de consagrar mi vida solo para Él”.*

Pablo antes de encontrarse con el Señor, también había tomado la decisión de ser irreprensible a su religión como miembro del pueblo de Dios, Israel. Pero esa decisión de su propio celo religioso le llevó a encontrarse con la mayor sorpresa de su vida: tener que reconocer que estaba persiguiendo al mismo Cristo.

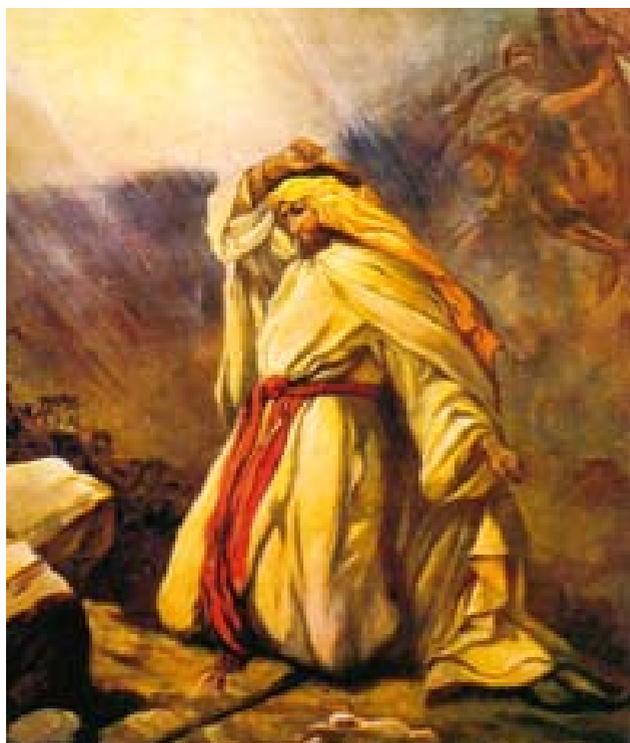
Qué lejos estaba su decisión religiosa de la voluntad del mismo Dios, a quien Pablo decía haber consagrado su vida. ¿Cómo puede haber tal desvarío en una persona, como Pablo, tan celosa de la religión de sus padres? Él mismo nos da la respuesta: *“Lo hice por ignorancia e incredulidad”*, y añade: *“pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús”* (1 Timoteo 1:13,14).

Nuestra religiosidad y nuestro celo religioso no son buenos consejeros para hacernos sabios para la vida con Dios, antes bien, nos pueden llevar a la más absurda ignorancia, como le sucedió



a Pablo: perseguía a la secta de los nazarenos, perseguía a Cristo. Y sin embargo, la venida del Mesías de Israel era su gran esperanza. Pero esa esperanza no estaba fundada en la Palabra de Dios, sino en las expectativas de los hombres religiosos. Por eso Pablo reconoce su incredulidad, porque fue un crédulo ante las propuestas religiosas de sus maestros y un incrédulo al plan de salvación que Dios establece en las Escrituras. Muy estimada Sor Irma: Estas Escrituras son las que le pueden hacer sabia para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús (2 Timoteo 3:15).

Yo mismo, como sacerdote, me encontraba en la misma disposición religiosa que usted, pero la lectura de las Escrituras en busca de Cristo viviente me hizo ver mi ignorancia e incredulidad, en relación al plan de salvación establecido por el Padre en Su Hijo Jesucristo. Él, con la luz de Su Palabra, abrió mis ojos para que viese y reconociese a Cristo como mi único y perfecto Salvador, como el único sacerdote que se ofreció a Si Mismo por mis pecados y como el único Fiador de todas mis deudas ante el Padre. *“Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”* (Hebreos 7:25).



Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

El papa no tuvo misericordia

La virgen María cuando visitó a su prima Elisabet cantó en su alma: *“Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.... Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre”* (Lc. 1:46,54-55). María como mujer judía se identificaba con su pueblo y con los padres de su pueblo en el pacto con Dios y en Su misericordia. No es posible arrancar a María de ese pueblo como una vid selecta y echar a los otros miembros de ese pueblo como sarmientos “pérfidos” en el horno de fuego de Auschwitz.

¿Por qué decimos esto?

El motivo es lo siguiente: El papa Pío XII, el 1 de noviembre de 1950, *“declara y define como un dogma revelado que la Inmaculada Virgen María, terminado el tiempo de su vida terrenal, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial”* (D. 3903).

¿Cómo es posible que el papa haya hecho tan gran honor a esta mujer judía, y no haya dicho ni una sola palabra para librar del fuego de los hornos de Hitler a los miles y miles de gentes de ese mismo pueblo Judío?

El papa Pío XII no se acordó de la misericordia que María reconoce en Dios para su pueblo. Y hace de María un instrumento arrancado de su pueblo con el que pretende dar validez a sus fantasías religiosas; mientras la otra descendencia de Abraham era masacrada ante el más escandaloso silencio del Vaticano.

La doble moral del papado es evidente.

Ante esos desnudos y esqueléticos cuerpos, el papa, que tanto se escandaliza y obsesiona con el sexo, no tiene nada que decir. Pero cuando un hombre o una mujer en condiciones normales se expresan en su relación íntima, Roma abre su boca y hace tronar todos los truenos de su escandalizada autoridad.

No es coherente que el papa abra su papal boca para poner en lo más alto a María, mujer judía, y al mismo tiempo no abrir su boca ante los cuerpos desnudos y vejados de los miles y miles de mujeres de esa misma raza.

Tal vez podamos encontrar una explicación en la misma historia. Ya que los papas en su liturgia del Viernes Santo calificaban a los judíos de “pérfidos”, término que eliminó de esa liturgia el sucesor de Pío XII que fue Juan XXIII. Pero si nos remontamos al 17 de julio de 1555 encontramos al papa Pablo IV con su bula, “Cum nimis absurdum”, llena de las más exquisitas esencias antisemitas. Proclama que los judíos como homicidas de Cristo debían de ser tratados como esclavos. Dentro de los Estados Pontificios se les confinó en un determinado lugar, denominado “gueto”. Fueron obligados a usar en público un gorro amarillo. El objetivo del papa era convertir a los judíos. El objetivo de Hitler era exterminar su raza. El papado le había preparado el camino. Al fin y al cabo eran unos homicidas como raza, según la bula papal.

¿Cómo un hombre que se atreve a llamarse *“Vicario de Cristo”* no se siente culpable por sus propios pecados y los de todos sus fieles de la muerte de Cristo

para salvación? ¿Cómo no sabe que Cristo no murió sólo por los pecados de los judíos sino por los de todos los hombres? El Mismo Dios, el Padre, nos lo dice: *“De tal manera ha amado Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito... Porque no envió Dios a Su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él”* (Jn. 3:16-17). Si Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, ¿por qué condenaron los papas a los judíos, si era Su pueblo elegido?

El papa Pablo IV murió en 1559, pero su obra maestra, su bula contra los judíos, sería el punto de referencia en la conducta del papado con los judíos durante tres siglos.

Cuando el 17 de septiembre de 1870 las tropas italianas tomaron Roma, fueron recibidas con tal muestra de alegría, que se podía comparar con la liberación de los aliados de la ocupación nazi. El 2 de octubre de 1870, mediante un real decreto, se le concedió a los judíos, la libertad que el papado le había negado durante más de mil años.

El papa Pío XII ya no podía hacer uso de su autoridad como lo habían hecho muchos de sus predecesores, excomulgando a las autoridades civiles que se oponían a su autoridad. Pero, sí, pudo haber condenado el genocidio judío y decirles claramente a los católicos del ejército alemán, como a los que no lo eran, que no estaban obligados, en manera alguna, a obedecer las órdenes de sus jefes militares y no militares para exterminar al pueblo de la virgen María, los descendientes de Abraham.

¿Si alguien hubiese atentado contra los privilegios papales, no utilizaría Pío XII la excomunión contra tales personas?

¿Por qué no utilizó la excomunión o abrió su boca contra los nazis que pisotearon

todos los “privilegios” o sea todos los derechos naturales de toda persona, como se hizo con el pueblo Judío? El absurdo del que hablaba el papa Pablo IV en su bula, tiene su auténtico significado en la actitud de Pío XII, cuando no es capaz de abrir su boca en defensa de la raza de María la virgen, y sin embargo es capaz desde las razones de su propia fantasía religiosa proclamar ante todas las razas a la mujer judía, la virgen María, como asunta en cuerpo y alma al cielo.

¿Era esta una forma de pedir perdón al pueblo Judío? Me temo que era una huída hacia adelante, para hacer más profunda todavía la separación, entre lo que el papado piensa y la misma realidad del pueblo Judío como el pueblo elegido por Dios.

¿Tiene un papa, como Pío XII, autoridad moral para afirmar algo de un miembro de los descendientes de Abraham, como se identifica la virgen María a sí misma, cuando ha sido el papado su gran perseguidor y consentidor en el dolor de ese pueblo?

Nos hacemos estas reflexiones para situar en la misma historia todos aquellos dogmas, que los papas nos han endosado sin tener nada que ver con las Sagradas Escrituras, y en la mayor parte de las veces contradiciendo la misma situación real en la que se proclama ese dogma, como es el caso del dogma de la Asunción de María. Cuando se intentaba consumir a su pueblo en los hornos de gas de las ZZ nazis; la Santa Sede (la otra SS) levantaba los ojos al cielo con su dogma, para no ver en la tierra el horror que atrapaba a los otros miembros de ese pueblo.

¿Era este dogma, lo que necesitaban los católicos alemanes que hubieran participado en este horrible crimen,

para sentirse reconciliados con el Dios de Abraham?

¿Cómo es posible que estos soldados católicos puedan creer en este dogma, que una mujer judía, la virgen María, fue asunta en cuerpo y alma al cielo, y al mismo tiempo saberse verdugos de miles y miles de mujeres judías? ¿Qué consuelo podía traer este dogma a su vida de guerra?

Una vez más vemos que los dogmas de los papas, muy poco o nada, tienen que ver con la realidad de la vida de sus fieles. Sólo tratan de sujetarlos con esas cadenas dogmáticas a su propia autoridad papal.

¿Cabe la posibilidad de que el papa, Pío XII, no estuviese informado? Nadie tiene la capacidad que posee el Vaticano para estar fielmente informado de lo que pasa en cualquier parte del mundo.

Además no debemos olvidar que Pacelli, más tarde Pío XII, había sido nuncio en Munich al final de la primera guerra mundial, y más tarde fue trasladado a Berlín. En 1929 fue nombrado en Roma cardenal y secretario de estado. Su conocimiento de la situación alemana era personal, pero él siempre temió más al comunismo que al nazismo, como lo demuestran sus escritos.

El mismo embajador alemán en Roma muestra su preocupación porque los judíos estaban siendo arrestados bajo las ventanas del propio papa. Pío XII no dijo nada.

Uno de los males doctrinales de los católicos es el desconocimiento total de la historia personal del papado y de las circunstancias históricas en las que fueron alumbrados muchos de los dogmas, que los católicos bajo pecado mortal y penas eternas están obligados a aceptar.



Judíos deportados durante la guerra mundial II

La mayor parte de los católicos no conocen a los papas ni su historia con sus grandes errores o sus aciertos; sólo conocen al papa como el mito religioso que la mente de los sacerdotes o sus propias mentes se han fabricado. Ese mito sólo existe en la mente de esos fieles, y como tal no tiene una historia terrenal ni mucho menos puede tener fallos o errores como todos los otros pobres mortales.

Por eso, cuando alguien les muestra la historia terrenal de los papas con todos sus grandes errores y aciertos, se sienten atacados en su más íntima mente mítica, hasta tal punto que no dudan en tratar de calumniadores heréticos a los que les muestran con toda fidelidad esa historia terrenal de los papas.

Unos y otros hemos de saber que solo Cristo ha muerto por nosotros, solo Él es nuestro único y perfecto Salvador, solo Él nos da vida eterna por medio de la fe.

HECHOS 4

todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano.

El nombre de Jesucristo

Este Jesús es
la piedra reprobada
por vosotros
por vosotros

los edificadores,
la cual ha venido
a ser cabeza del ángulo.

Y en ningún otro
hay salvación;
porque no hay
otro nombre
bajo el cielo,

dado a los hombres,
en que
podamos ser salvos.

Hechos 4:11,12